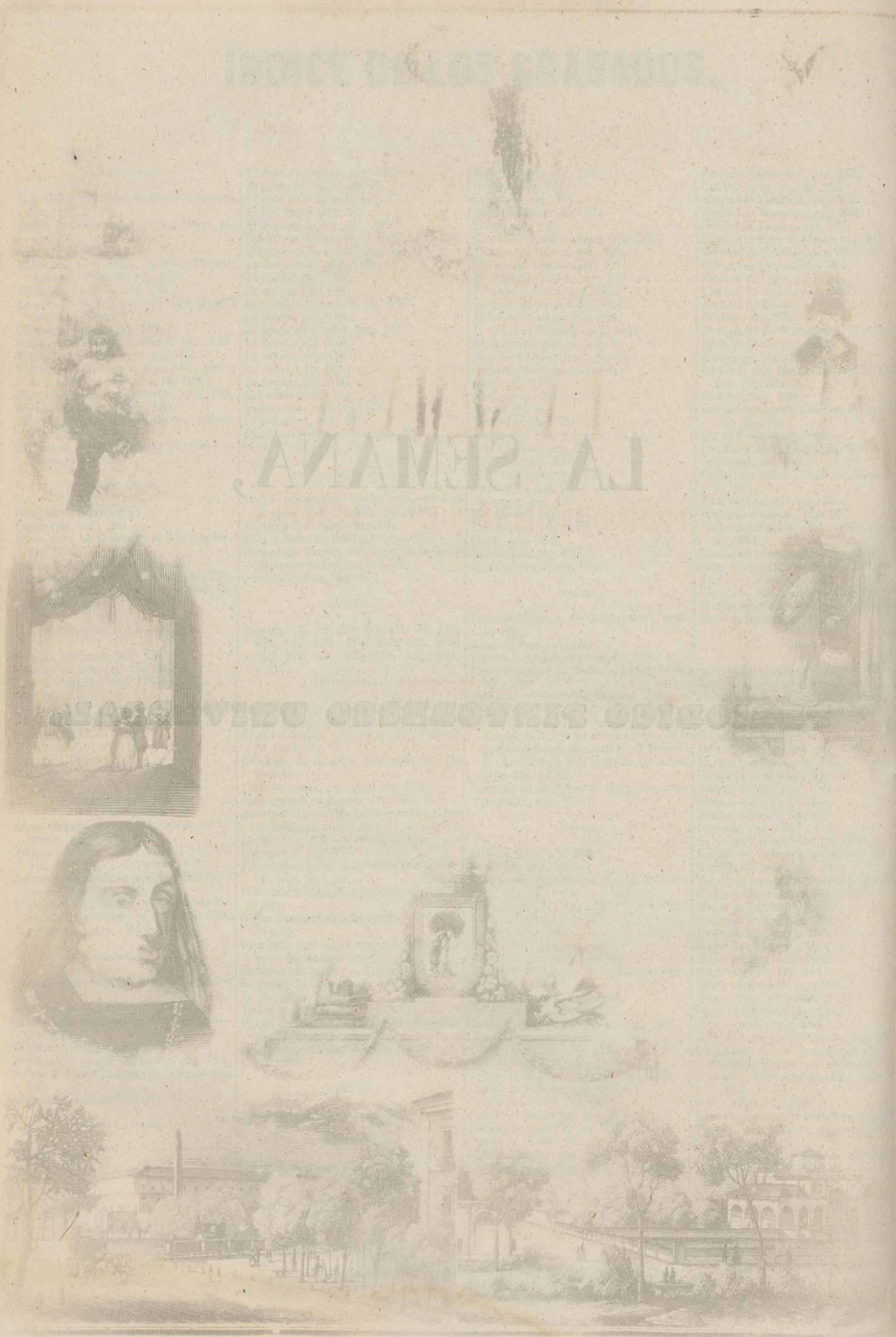
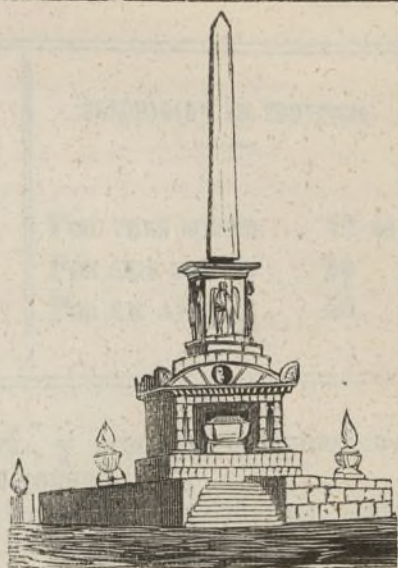


LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.





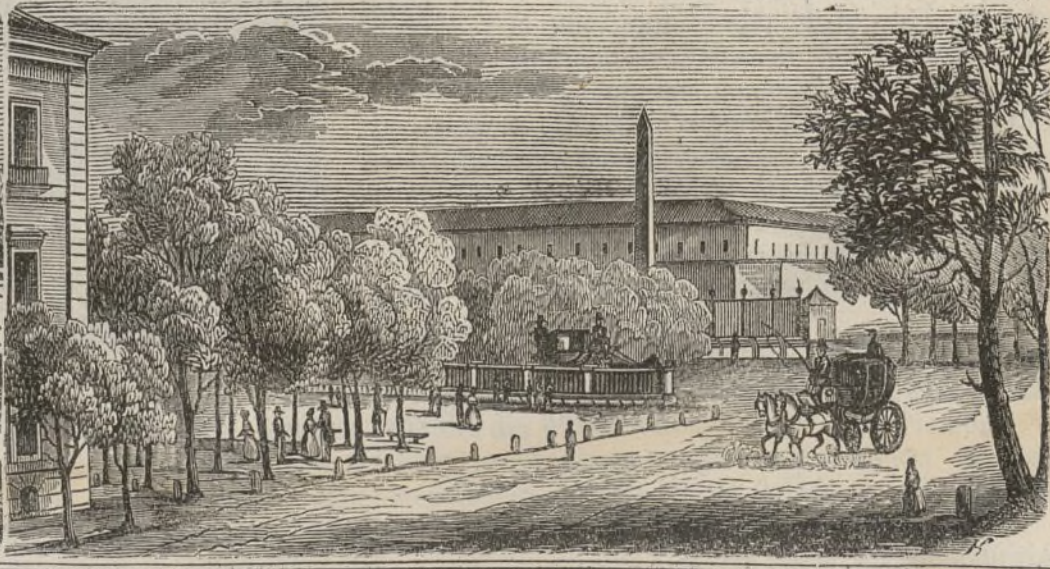
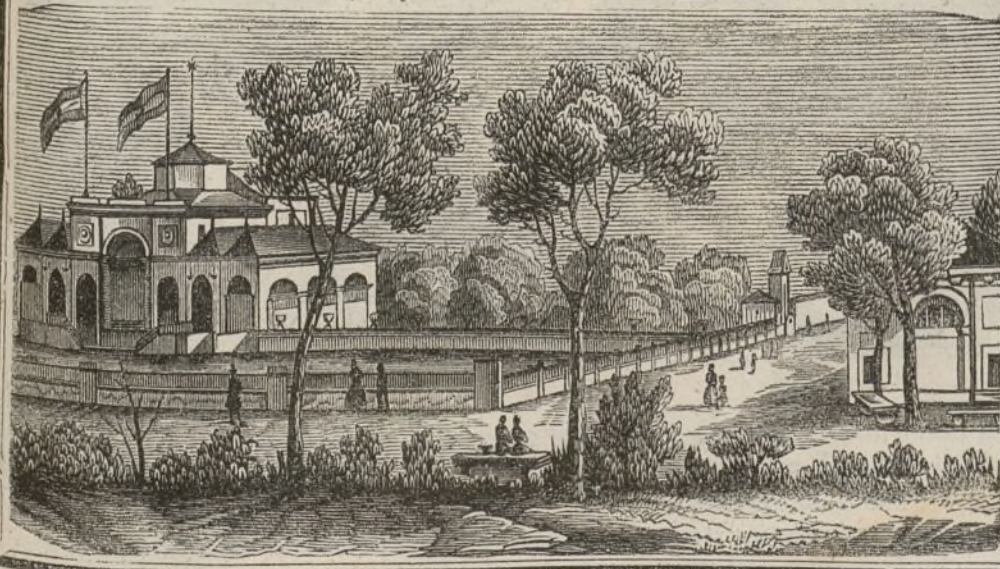
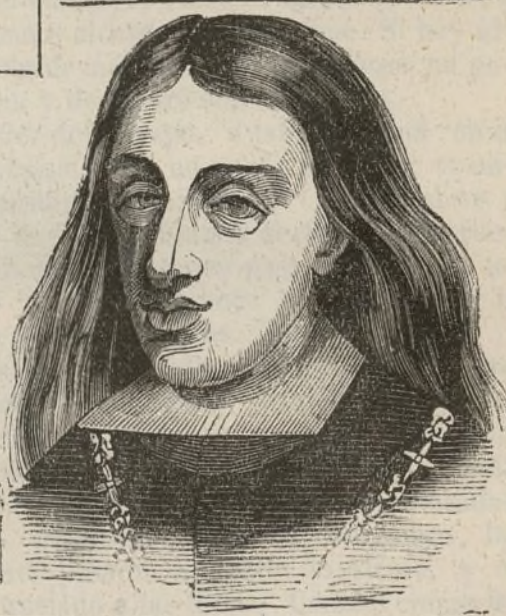
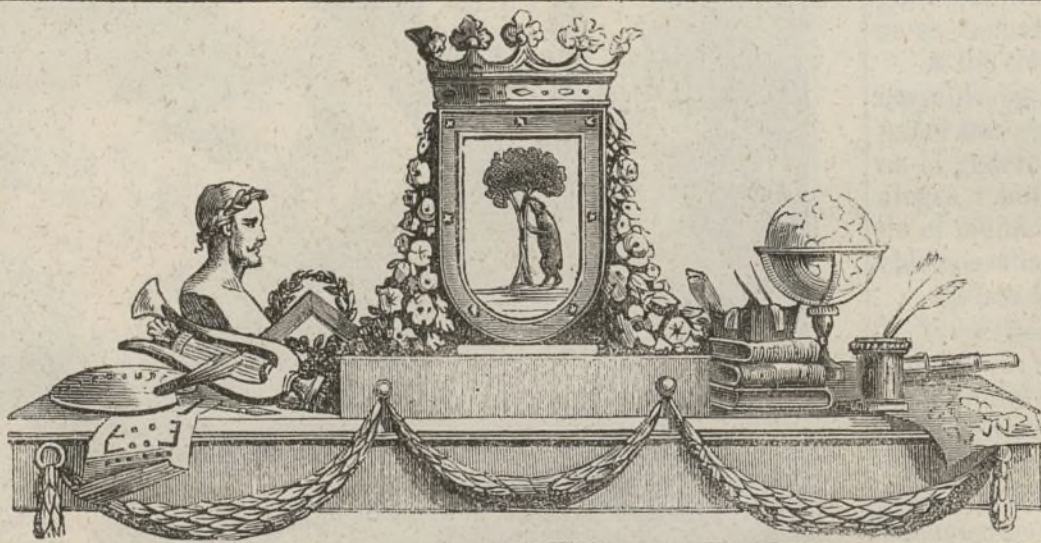
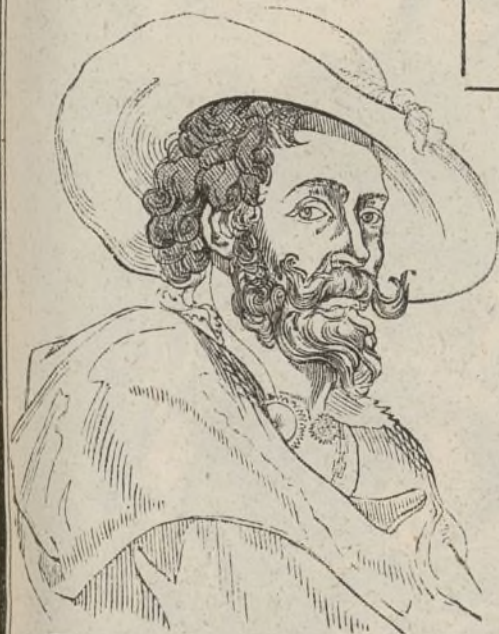
LA SEMANA,

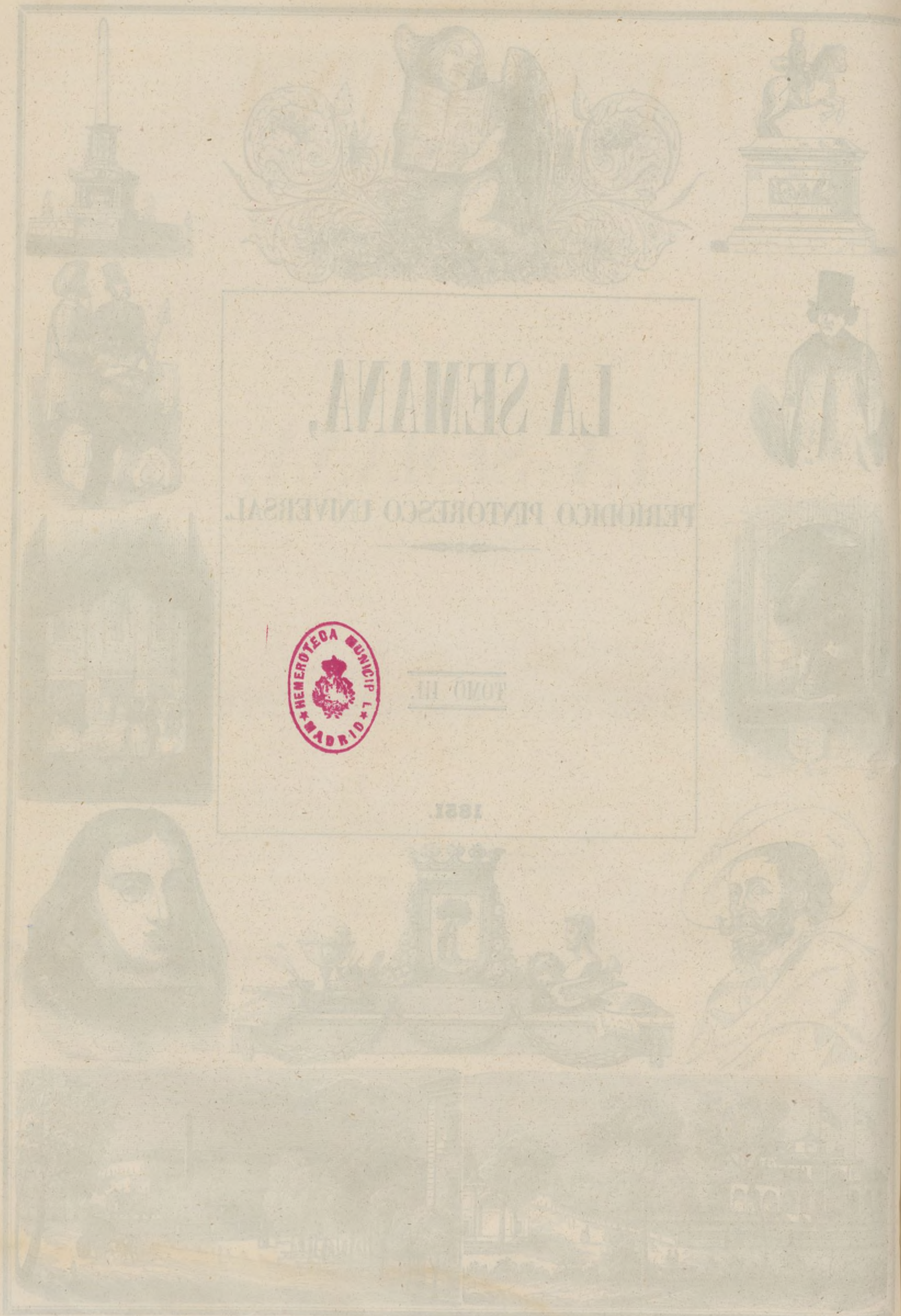
PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

TOMO III.



1851.





TOYO III

1881

To
SU
POR U
POR T
POR U
La
como
ta, ri
que lo
admin
adapt
el Blo
chicer
lle no
creen
que as
tos, y
grient
antigu
Un
bre el
de los
fundo
Se
(1)

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 42 RS
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

VIAGES.—ESCOCIA.

EL PUENTE DE ROKEY.

La Escocia ofrece pocas vistas tan pintorescas como la del valle de *Morham*, que riega el *Gretta*, río cuyo bullicioso curso justifica el nombre que le han dado (1). Todo este paisaje, mezcla admirable de árboles y de rocas, está de tal manera adaptado á las ideas supersticiosas, que se le llamó el *Blochulo*, que quiere decir el lugar donde los hechiceros suecos tienen su *sabat*. Por lo demás al valle no le falta su superstición local; los aldeanos le creen frecuentado por el espectro de una castellana, que aseguran fué degollada en los bosques inmediatos, y del cual muestran todavía las huellas sangrientas sobre los escalones de la torrecilla de su antiguo castillo.

Un viejo puente con un solo arco aparece so-

no bien conservado todavía, rodeado de un triple foso; los cuatro puentes de este campo se distinguen perfectamente. Había también en las inmediaciones muchos altares romanos que el propietario actual del dominio de Rokeby ha recogido en su castillo. Existe uno entre otros que lleva esta inscripción: Leg. VI. P. F. F., es decir, *la sexta legión piadosa, victoriosa y fiel*.

Si el poeta Spencer, dice Walter Scot en su poema de *Matilde de Rokeby*, hubiese andado errante en esta residencia encantada, la hubiera enriquecido con los ricos colores de su imaginación; hubiese pintado el río, que como un cautivo huyendo de su prisión, corona sus olas con una espuma brillante y espesa su alegría con su melodioso murmullo; hubiera celebrado aquellos árboles que parecen retroceder sobre las costas, donde acá y allá la encina, gigante de los bosques, se detiene solitaria, y estiende por todas partes sus nudosas ramas.

Al ver las concavidades de las rocas suspendi-

da roca que encuentra, y prosigue su camino cubierto de una blanca espuma.

Entre las rocas que inclinan sus soberbias crestas sobre el sombrío lecho del *Gretta*, las unas son sombrías y áridas y las otras cubiertas de un verdor hermoso. Por esta pendiente aparecen árboles que balancean su confuso follaje; por otra parte las rocas angulosas se lanzan hasta las nubes. Aca y allá se ven ramages flexibles flotando en medio de los aires, parecidos á aquellos estandartes enarbolados en otros tiempos sobre lo mas empinado de las torres feudales, mientras que los barones hacían resonar en las bóvedas de sus castillos aclamaciones de alegría. Tal es, y mas bulliciosa todavía la voz mugidora del *Gretta*; tales son los ecos de su ribera.

Mas lejos se separan las rocas del río, y se halla un bosque sombrío que entrelaza su lúgubre ramage con el del pino. Ningun cespéd, ninguna flor campestre, consuela allí la mirada del entristecido viajero. De este valle huía durante las tinieblas el crédulo siervo que pensaba oír voces lamentables en los sombríos senderos.

REVISTA DE MADRID.

Casi nos hemos decidido á creer en el próximo fin del mundo al ver la rapidez con que todo pasa y se sucede entre nosotros.

No son ya solo las horas, los días, las semanas, los meses, los que vemos correr uno tras otro con increíble velocidad: no son ya solo los momentos felices, los días de ventura, las amistades y los amores, los que aparecen y cruzan el mundo con la ligereza del aire en día de tormenta. Hasta las estaciones del año parecen haber apresurado su curso, temiendo ver llegada la última hora de su incesante movimiento giratorio.

En 1850 la primavera llegó con febrero; el verano principió en mayo; vino con agosto el otoño, y en octubre hemos alcanzado el invierno. Si hay alguno que dude de mis palabras, que repase un poco su memoria y de seguro creará en ellas.

A tal correr del tiempo, á tal velocidad en el curso de las estaciones, no puede menos de acompañar una constante movilidad en las costumbres y en el género de vida; hablamos de esa vida exterior, alegre y bulliciosa, única que pasa á los ojos de todo el mundo y que pertenece al dominio de la chismografía y de las revistas.

Apenas han trascurrido dos meses desde que la brisa nocturna de agosto acariciaba los aéreos velos de un centenar de beldades, que ocupaban en el salón del Prado otras tantas sillas, desde donde coqueteaban sin piedad con un millar de adoradores. Con las templadas auras de setiembre, las sillas del Prado pasaron á la calle de Alcalá, y el coqueteo se trasladó á las ferias. Concluyéronse las ferias, y el amor, que es niño alado, se subió á los balcones ocultándose detrás de las cortinas. Pero amaneció de pronto una mañana horriblemente fría, y entonces el amor se refugió detrás de los cristales.

Aquel día reconocíamos por todas partes las armas de la heroica villa de Madrid: y si en vez de un oso al pie de un árbol, llevaran un oso enfrente de un balcon, hubiéramos dicho que habían esculpido aquellas armas en todos los edificios de la capital de la monarquía.

Pero esto no es extraño: nos hallamos—aunque no lo parece—en el corazón del otoño; casi en medio del día 21 de setiembre y 21 de diciembre; es decir, en la época en que mas abundan los osos madrileños; en esa época deliciosa, que abre las puertas de una época mas deliciosa todavía.

Cuentan de una graciosa dama, cuyo nombre ignoramos,—y este hecho se nos viene á la memoria



bre el *Gretta*, en el lugar donde se escapan las aguas de los sombríos bosques de Brigal y buscan el profundo valle de Mortham.

Se encuentra en *Gretta-Bridge* un campo roma-

das sobre el torrente, se creería que una montaña se había dividido de improviso para abrir paso á la onda mugiente. Apenas su base escarpada deja un estrecho sendero al paso de los viajeros. Colocados entre las ondas y las rocas el ruido que se oye es espantoso; la onda irritada se rompe en ca-

(1) *Gretta* viene de *Gridua*, que significa gritar.

cuantas veces vemos llegar el decantado otoño de Madrid, — que paseándose en un día de agosto bajo una calle emparrada de un jardín, poblada por uno y otro lado de bellísimas estatuas al desnudo, observaba en union de un caballero que le daba el brazo, como la hoja de parra pululaba allí por todas partes, ya entre el ramaje de la vid, ya en otros objetos á que la aplica especialmente la estatua. — ¿No encuentra vd. deliciosa esta frondosidad? le dijo al cabo de un rato el caballero, mirando alternativamente á la dama y al espeso follaje que por todas partes quitaba la luz al paseo. — Si, respondió con mucha gracia la bella señora: esto es ahora muy hermoso; pero aun creo que lo será mas en el otoño cuando empiece la caída de la hoja, y el sol venga á dorar con sus rayos tantos y tan hermosos frutos.

Lo mismo que esta dama desconocida, he opinado yo siempre respecto de la presente estación del año. Con la caída de la hoja, comienza á ostentar Madrid sus variados y sabrosos frutos. Ahora principian los teatros y los bailes; empiezan las intrigas amorosas y las coqueterías de salón, y se divisa un porvenir brillante para mientras dure la estación de los hielos.

Entre estos venturosos días, — mejor dicho — entre estas felices noches que se esperan, hay una, una sobre todas, en la que se halla ahora fijada la atención y toda la curiosidad pública. Ni las *Mil y una noches* del célebre Galland, ni el famoso y decantado *Gabinete de las hadas*, que encierra tantas maravillas; ni los *Cuentos persas* de Dehly; ni los celebrados *Cuentos turcos*; ni el *Pais de las rosas* de Sadi; ni las innumerables colecciones de cuentos fantásticos que andan escritos y cruzan el mundo de un polo al otro polo, ofrecen entre todos ellos una noche donde se realicen á la vez tantos y tan encantadores ensueños.

Dirémoslo de una vez por abreviar. Esta noche es la del 19 de noviembre: la noche de la apertura del teatro Real; en la que atendida la celebridad del día, se cree que habrá además gran baile en los salones de S. M. la Reina Nuestra Señora.

Nuestros lectores no son capaces de comprender hasta qué punto preocupa los ánimos del bello sexo esta suspirada noche, y cuantas y cuan importantes cuestiones se suscitan con motivo de ella.

Figura como principal la cuestión del *traje*. Una minoría respetable, á cuya cabeza se halla, al parecer, la señora condesa del M.* está por la rigurosa etiqueta: en ella se ha decidido que las señoras irán de manga corta y escotadas: la mayoría no asiente á esta opinion, fundándose en que este traje no se adapta á las señoras que van á lunetas. Tras esta cuestión viene la de los *turnos de abono*. ¿A quién deberá tocar la *primera noche*, que es la mas interesante en esta, como en otras muchas cuestiones mugeriles? ¿Corresponderá á la señora que ha dado el nombre para el abono ó lo decidirá la suerte? — Pero resuelta esta cuestión viene otra del mayor interés. La persona favorecida con el primer turno ¿tiene el deber de convidar para aquella noche á sus compañeras de palco? Entonces mas vale no tener el derecho, porque las convidadas se han de colocar en el lugar preferente y mas visible. — Y si como se dice — he aquí la última y mas importante de todas estas cuestiones — la noche de apertura no es de abono sino de convite, ¿qué será entonces de tantas y tan halagüeñas esperanzas? Contra esta medida hemos oido muchas y muy enérgicas declamaciones, que no nos parece conveniente reproducir.

Y estas al cabo no son mas que las cuestiones de primer orden, las que todo el mundo conoce: cuestiones de mera sociedad, donde todo el interés estriba en la apariencia, en *ver* y *ser vistos*. ¿Cuánto no pudiéramos añadir si habláramos de las esperanzas que se guardan para el *Paraiso*! De las felicidades que se piensan disfrutar allí, donde se ve sin ser vistos!

Casi, casi, nos estamos temiendo que el mundo — puesto que dicen se acaba — vaya á acabar del mismo modo que empezó. De todas maneras, conveniente será recordar á nuestros lectores que Adán y Eva fueron echados del *Paraiso* por comer en él de la fruta prohibida.

Después de deleitarnos con tan halagüeño porvenir, ¿será cosa de volver los ojos á lo pasado para recorrer el largo periodo, durante el cual hemos guardado silencio? Felizmente los hechos notables

de la capital han sido tan raros, que bien podemos mencionarlos en pocas palabras, á guisa de parte telegráfica.

Hace quince días se colocó detrás del teatro de Oriente un monumento dedicado á S. M. la Reina Nuestra Señora, costeada por el comisario de Cruzada. Si la inscripción nos pareció incomprensible, tampoco comprendimos mejor por qué la esfigie de nuestra augusta reina habia de ocupar un pedestal tan miserable, ni por qué S. M. y el teatro Real habian de volverse mutuamente las espaldas. El tiempo se encargará de aclararnos todo esto.

Mas tarde se ha abierto el nuevo Congreso de Diputados. Después de gastados veinte millones no se ha encontrado allí mas dificultad que la de no caber en el salón los cuerpos colegisladores. A bien que esta es una pequeñez insignificante, mientras no ocurra otra novedad de mas bulto.

El intervalo transcurrido entre estos dos sucesos ha dado lugar á otros muchos y muy variados acontecimientos, que constituyen una verdadera miscelánea; un popurrí completo. Muertes en desafío, muertes repentinas, vuelcos de diligencias, robos muy ingeniosos, carreras de caballos, corridas de toros extraordinarias, aperturas de sociedades dramáticas, óperas en Palacio, novedades en todos los teatros de Madrid: he aquí los sucesos notables del mes transcurrido.

¿Pero á qué perder el tiempo en la inútil relación de sucesos que nada nos importan, pues ya pasaron? ¿A qué malgastar en cosas que nada valen unos momentos que valen tanto, que necesitamos aprovechar á la vez en tantas cosas útiles? Si, lectores, olvidemos lo que ya fué, y pensemos solo en lo que es y en lo que será. Sirvanos de pauta para invertir nuestro tiempo el día de la conmemoración de difuntos en Madrid, en que lo vemos tan admirablemente distribuido: por la tarde, en rezar en los cementerios y llorar por los difuntos; por la noche en hartarse de buñuelos y vaciar botellas de aguardiente.

J. M. ANTEQUERA.

EN EL PECADO LA PENITENCIA.

CUENTO.

INTRODUCCION.

Hace tres días recibimos un paquete cerrado con la carta siguiente: «Remito á vd., señor director, con destino al periódico LA SEMANA, un cuento que he tenido el capricho de escribir con el nombre de todas las calles y callejuelas, puertas, portillos y pasajes, distritos y juzgados, teatros y paseos de Madrid; con los de sus principales puentes, parroquias, conventos y edificios públicos, sociedades comerciales, científicas y literarias, y corporaciones y establecimientos filantrópicos. Para la perfecta inteligencia de la parte material, relativa á los nombres de las calles, plazas, etc., se hace preciso advierta vd. á los lectores que deben tener presentes las siguientes indicaciones: 1.ª Los nombres de las calles y callejuelas, plazas y plazuelas, puertas, portillos, fuentes y paseos van escritos en letra *bastardilla*; los diez distritos y seis juzgados de Madrid con *VERSALES*, y los demás nombres con letra *VERSALITA*. 2.ª A fin de evitar repeticiones, siempre que se encuentre esta señal, entiéndase que la palabra tiene doble valor, como por ejemplo, *Principe*. — Una sola raya — entre dos ó mas palabras equivale á advertir que cada una de estas, vale por sí sola, prescindiendo del valor que pueda además tener unida á la que le sigue ó antecede, como v. g. *Esclavos del Santísimo—Cristo*, — *Mártires—de la Fé*. — 3.ª Los nombres compuestos, divididos ó interpolados con otras palabras de letra comun, deben leerse saltando lo que no esté en letra *bastardilla*, como por ejemplo, *Peña* donde se estrelló la altivez de *Francia*. 4.ª Esta señal X entre dos palabras, indica que deben leerse empezando por la segunda, como v. g.: *Ramon X Cuesta de—Cañizares*. 5.ª Las parroquias, conventos, iglesias y establecimientos filantrópicos, llevan este signo †; el mismo, colocado delante de un nombre propio ó sustantivo, significa *San* ó *Santa*. 6.ª Los edificios y sitios públicos, las sociedades comerciales, científicas y literarias, se conocen por esta señal * cuando la misma palabra no lo indique. 7.ª Los nombres dobles, es decir, las calles altas y bajas, las travesías y callejones, se indican con ◊. 8.ª y última; las letras entre paréntesis sobrantes de las calles, plazas, etc., deben considerarse como no puestas en

el orden del discurso, y suprimirse en los nombres de las mismas las letras añadidas que no estén de *bastardilla*. Con estas advertencias, señor director, los que lean mi cuento, pueden estar seguros de que tienen á *Madrid en la mano*, pues no creo haber cometido ninguna omisión importante; pero en la incertidumbre de que á vd. le agrade, envío solo un capítulo de los tres de que constará este juguete; si veo que aparece en el número próximo del periódico, me comprometo á remitir los dos restantes, sin falta, uno para cada uno de los dos números siguientes, y al final del tercero y último, tal vez ponga mi nombre para que vd. y el público lo sepan. Si este primer capítulo no aparece en LA SEMANA, ni enviaré los restantes, ni vd. sabrá quien lo ha escrito. Me interesa por ahora guardar el incógnito, puesto que se va haciendo de moda, y que esto es siempre de muchísimo efecto.... para los tonos; fruta que no escasea en Madrid.»

Hasta aquí la carta; el cuento, á juzgar por el primer capítulo, no solo es aceptable, sino de lo mas original y lo mas lindo que se ha escrito hace tiempo en este género. Escusado es decir que le insertamos con el mayor gusto, y solo rogamos al autor que no falte á su palabra de enviarnos el resto para los números sucesivos.

CAPITULO I.

LOS POLVOS SENSITIVOS.

Una tarde, día de SAN PEDRO — *Mártir*, salían *Dos amigos* del pueblo de *Noblejas* en la *Provincia de Toledo*, — con destino á la heroica y coronada — *Villa—Imperial—de—Madrid*, el uno á concluir sus *Estudios de Veterinaria* en los *Seminarios de la Corte*, y el otro con ánimo de abrazar la carrera de *Soldado*. El primero llamábase don *Pedro—Bringas* y *Amaniel*, natural de *Cádiz*, y el segundo *Santiago—el Verde X Puente* alias *Rompe-lanzas* oriundo de *Monserat*. Aquel era *Rubio* y llevaba una *Montera* de piel de *Chinchilla*, al paso que su compañero ostentaba con † *Marcial* orgullo un *Bonetillo* ó *Sombrero* de panza de *Burro*, provisto de enormes alas para resguardarse de la *Solana*; *Gorguera* de encajes, jubon de paño † *Bruno*, *Espada* al cinto, y una *Ballesta* suspendida á la espalda con un *Lazo*.

De todas estas piezas, la mas notable era sin disputa la *Espada*. Dudamos que en la *Armería Real*, en el *MUSEO DE ARTILLERIA*, en el *NAVAL*, y aun en el *NUMISMATICO* haya una hoja de mejor temple, como se verá en el trascurso de esta interesantísima y sobre todo edificante leyenda.

Cerca del *Escorial*, donde habían hecho la primer *Parada* ◊ á *Mediodía*, ◊ en un *Recodo* que hacia el camino, encontraron á otros *Tres Peces* que tambien se dirigian á la corte. Un *Vicario Viejo*, un *Procurador (es)*, y un *Colorero (s)* ó pintor. El primero se llamaba *Juan de Dios Lemus*, *Grafal*, y era natural de *Caravaca*; el segundo *Anton Martin Eguluz*, y habia nacido en *Ciudad-Rodrigo*, y el último *Ramon X Cuesta de Cañizares*, oriundo de la *Puebla Vieja de San Anton*.

Saludáronse cortesmente los cuatro *Mancebos* y el viejo, cambiaron algunas palabras, y en breve marcharon unidos como *Cabestreros* que llevan á pastar sus reses.

Las pretensiones que estos cinco individuos traian á la corte, hubieran podido servir de asunto para una comedia de *Lope de Vega* ó *Calderon de la Barca*; *Góngora* les habria consagrado un romance heroico, y *Quevedo* algunos cientos de epigramas. El gran *Velazquez* no se hubiera desdenado de ejercitar sus pinceles y de legar tal vez una obra maestra mas á la *Galeria nueva* del *Real Museo de Pinturas*, bosquejando su espresiva fisonomía, y su original y caprichoso traje.

Nuestros viajeros seguian su camino departiendo amigablemente, cuando vieron venir á una *Paloma* perseguida por un *Cuervo*.

Todos instintiva é involuntariamente soltaron una exclamación de angustia, compadecidos de la pobre avecilla, y *SANTIAGO*, † intérprete del sentimiento general, preparó su *Ballesta* ◊ con ánimo de liberarla de las garras de su enemigo, pero *Ramon Cuesta* le detuvo diciéndole:

—Guarda † *Pablo* ◊ tal vez ese pajarraco de mal agüero, sea algun genio maléfico. Mira el Sol se oscurece....

—¡Bah! contestó el *Soldado* con la sonrisa de los valientes; — en ese caso, la *Paloma* será el *Espíri-*

tu Santo; á mí no me asustan los Peligros.... ¡Obre Dios!....

Y así diciendo apuntó al Cuervo y le atravesó de parte á parte.

Herido de muerte el feroz avechicho, recogió y abrió sus Negras alas salpicadas por anchos Regueros de sangre, remolineó en el espacio un instante, y se desplomó en seguida desde la altura, al parecer exánime.

Pero no bien tocó el suelo convirtióse en un monstruoso Leon que se dirigió bramando á su agresor, siguiendo las huellas de la infeliz avechicha, trasformada en inofensiva Ternera.

Santiago se turbó.... mas su compañero Bringas, con la presencia de ánimo del Almirante—Gravina cuando se batía con la Escuadra inglesa, con la heroicidad de Hernán-Cortés cuando incendiaba sus Nao s prohibiéndose la fuga, con el arrojo de Pizarro cuando se lanzaba á la conquista del Perú con un puñado de valientes, le arrebató su Espada, y con una destreza que envidiaría el mejor profesor de Esgrima, se la escondió á la fiera entre el morrillo y la paleta.

Cayó el Leon rugiendo, y rugiendo trocóse en un enorme Oso, y la Ternera en una rápida Garduña.

Pero antes que se incorporase del todo, Anton Martin, que iba prevenido de un gajo de Alamo muy decente, le descargó un fiero garrotazo en la Cabeza, y volvió á postrarle de nuevo.

¡Trabajo inútil!.... tan inútil como las crueldades del Duque de Alba, Gobernador de Flandes, con los PROTESTANTES. El monstruo reapareció bajo la forma de un corpulento Lobo, y su víctima revistió la de un Gato ó gata, lo cual, segun afirman varias crónicas contemporáneas, y Zurita, el P. Celenque, Requena, Torija Quiñones, Puñonrostro y Juanelo, no fué posible distinguir bien, á causa de la velocidad de su carrera....

Mucho sentimos no poder enriquecer con un descubrimiento mas el MUSEO DE HISTORIA NATURAL y el de CIENCIAS NATURALES. Es sobremanera lamentable la falta de datos que sobre el particular existen. Arrastrados del vivo anhelo de dejar consignado sobre bases indestructibles un hecho tan importante y de tan trascendentales consecuencias, sin ahorrar trabajo, gasto ni diligencia, hemos recorrido la BIBLIOTECA NACIONAL, los archivos de la ACADEMIA DE LA HISTORIA, los de los EXCMOS. Sres. Duques de Frias,—de Liria,—de Nájera,—de Osuna; de los EXCMOS. Sres. Condes de Miranda,—de Barajas y Conde-Duque; y finalmente, la Crónica de España del Infante Don Juan—Manuel, autor del Conde Lucanor, y de otras obras no menos apreciables; la correspondencia privada de Felipe V, las reales órdenes de Carlos III—Príncipe Pio, Clemente y magnánimo; los informes de Floridablanca y las memorias y escritos jurídicos de Jovellanos.... ¡Nada hemos encontrado!....

La Garduña, pues, trasformada en Gato ó gata, se dirigió hácia un pequeño Rio cercano y se precipitó en sus Aguas, trocándose en un Pez, en el mismo instante que Ramon Cuesta derribaba de una pedrada al Lobo, próximo á lanzarse al RIO.

Esta vez como las anteriores de nada valió á la Paloma-ternera-garduña-gato, la eficaz protección de aquellos intrépidos Mancebos: el animal ó demonio que la perseguía, era como Anteo que revivía al tocar la tierra. Caer, arrebatarle la corriente y convertirse en Sierpe marina, todo fué uno.

Al propio tiempo los cinco amigos que le seguían el Rastro, lanzáronse en tropel á un Barco con una vela LATINA—que por casualidad habia allí amarrado á la orilla, y bogaron tras ellos.

Entonces Juan de Dios, el Vicario viejo, invocando al glorioso San Jorge, San Mateo, San Onofre, y San Bernabé, sacó una Cruz,—Cruz verde—, SANTA CRUZ y van Tres-Cruces, la cual estaba dotada de la maravillosa virtud de transformar en Peñon cuanto tocaba, y no sin grandes esfuerzos, y á riesgo de que el monstruo le mordiese en un Codo, invocando de nuevo el patrocinio del invencible arcángel San Miguel, de SAN GINES y San Simón, y San Roque, consiguió golpearle en un Colmillo, y la Sierpe petrificada al punto se cambió en un BANCO—por el favor—DE SAN FERNANDO, compuesto de menudas Conchas.

Los amigos saltaron en tierra y cayeron de hinojos para dar gracias á sus celestes protectores, y tambien á los beatísimos, San Cipriano, San Cris-

tóbal y San Opropio, que visiblemente les habian dispensado igual merced.

Pero con gran sorpresa suya, cuando iban á levantarse, terminada su oración ó Rosario, felicitándose del BUEN-SUCESO* de su aventura, vieron agitarse la Clara superficie del Rio, y deslizarse por encima de las Aguas la forma vaga y misteriosa de una mujer.

Aguardáronla de hinojos; murmurando una plegaria, llena la mente de confusiones y de miedo el corazon.

—Deponed todo temor—les dijo ella al acercarse, y levantaos. Yo soy Esperancilla, hada de los sentidos, AMIGA DE LA JUVENTUD* y he querido hacer una experiencia con vosotros. Por fortuna, habeis salido victoriosos de ella, y vuestro arrojo y nobles sentimientos, merecen una Justa recompensa. Pedidme lo que gustéis, pero solo en lo que atañe á los sentidos, pues mi poder no se estiende á mas. Escoja cada cual uno distinto, porque tampoco me es dado conceder á dos una misma gracia en un mismo dia, y yo le facilitaré el medio de que alcance cuantas satisfacciones en él caben.

Los jóvenes escuchaban á la encantadora, sin atreverse á hablar; y ella empezó á interrogarlos de este modo:

—¿De cual de los sentidos haces tú Mayor aprecio, Santiago?

—Del tacto,—respondió el Soldado sin vacilar;—creo que es el que mas goce me proporciona, y....

—Basta: ¿y tú cual prefieres? añadió la maga encarándose con don Pedro—Bringas:

—Yo, el de la vista, contestó el futuro veterinario;—soy aficionado á los libros, á las perspectivas agradables, á informarme y á investigar todo.

—¡Eres curioso! replicó la diosa con una graciosa sonrisa, bien está. ¿Y tú, Juan de Dios?

—Yo, como soy ya viejo, contestó el Vicario, encuentro mi delicia en los placeres de la mesa.

—¿De modo, que únicamente rindes párias á la gastronomía?...

—Si, señora.

El hada hizo un gesto de disgusto, é interrogó al cuarto:

—¿Qué dices tú, Anton Martin?

—Yo soy procurador, y aunque participo de las ideas del señor Bringas, como solo me queda para escoger entre el oído y el olfato, me inclino á este último, ya que en mi profesion á falta de larga vista, bueno es tener largas narices. Soy ademas, extremadamente apasionado á los buenos olores.

—En cuanto á tí, buen Ramon, prosiguió la diosa, conformate con lo que te han dejado tus compañeros.

Y no lo siento—se apresuró á decir el pintor—tengo delirio por la música....

—Y tambien por escuchar detrás de las puertas, y enterarte de lo que no te va ni te viene, repuso Esperancilla con semblante afable. ¡Válgame Dios! cuanto celebro que todos quedeis contentos con vuestro lote.

El hada sacó cinco papelitos que contenian una especie de Greda color de Rosa, traída de la Palestina por Ricardo Corazon de Leon, y dió á cada uno el suyo diciéndoles:

—Cuando querais que vuestros sentidos respectivos adquieran una gran fuerza de extraordinaria sensibilidad, tomad una molécula de esta arcilla; si quereis aumentar la sensación, doblad la dosis; si por un capricho anhelaís elevarla al último grado á que puede llegar, tomad tres moléculas; pero nunca, nunca paseis este número, porque en el pecado encontrareis la penitencia. No olvidéis nunca que el dolor es hijo de la voluptuosidad, y hermano Mellizo del placer, y que cuanto mas intenso y repetido es este, hace girar con mas velocidad LA RUEDA* que va envolviendo el ovillo de la frágil humana vida.

Sed felices... no es otro mi anhelo, pero si llega el caso que mi presente os sea fatal, invocadme pronunciando el nombre de Jesus y María, y si el poder superior al que está encadenada mi voluntad me lo permite, volaré al punto en vuestro auxilio.

Al pronunciar estas palabras desapareció la encantadora, cual la sombra del Cisne—en—la Fuente—Castellana, cuando á los trémulos rayos de la Luna pasa y se esconde entre los árboles cercanos; ó como —MARIA—la Santa madre de Jesus, bajo el

Arco—del triunfo que los Angeles la formaban con sus alas, al subir la agria Cuesta de la—que seria en los venideros siglos—Vega del Calvario, fecundizada con la pura sangre del Redentor de los hombres.

Los Peregrinos, atónitos y pasmados con tales MARAVILLAS, examinaban aquellos Preciosos polvos con la misma curiosidad con que Colón y Orellana debieron examinar, el descubridor del Mundo—Nuevo, á los primeros salvajes que encontró en la isla de Santo Domingo—y de SAN—SALVADOR, y el segundo, á las célebres cuanto fabulosas Amazonas, que creyó ver á orillas del Maranhao.

—Ave—María purísima! exclamó el Vicario persignándose; por las llagas de nuestro padre San Francisco—, que la aventura es original!

—¡Novelesco incidente! añadió Bringas.

—Tan extraordinario como el milagro acaecido no ha mucho en las SALESAS REALES, repuso Cuesta.

—Preciso es confesar que esta hada es el Fénix de las hadas, que es un MONTE DE PIEDAD y benevolencia contestó el Soldado, y que estos polvos van á sernos mas útiles que la distribucion de la capa de SAN MARTIN—á los pobres.

—Donados por una maga, no pueden menos de atraernos grandes bienes, replicó Anton Martin.

—Allá veremos, exclamaron todos.

Y platicando de este modo, locos de contento por su BUENA-DICHA*, avistaron las Torres de Madrid, que se divisaba á lo lejos como el coloso de Rodas tendido en un vasto HIPÓDROMO en actitud meditabunda.

Al pasar por el Puente de—Segovia, construido por Juan de Herrera;

—Mira el rio—, dijo uno; cuán dividido está en pequeños brazos!

—Parecen Caños; Caños viejos de un acueducto ó Fuente egipcia. Tal vez sea la célebre Fuente de Cibeles de que habla ANDRÉS Gilmon de Castro, situada en medio de un Arenal—

—¡Pifs! ¡qué miseria! ni aun sirve para LAVA—derode—PIES—.

—Un Perro lo pasaria sin mojarse la cola.

—Señores, añadió el primero, creo que Madrid es una ciudad Sin Puertas....

—Pues yo sé que tiene una Puerta de Moros, respondió Santiago, porque hay allí mucha Moreria, y otra al Oriente—, que será la Puerta del Sol.

Hacemos merced á nuestros lectores de los despropósitos que allí se dijeron al hablar de LA CASA DE CAMPO, de la MONCLOA, del Pretel de los Consejos, de las Platerías é INCLUSA de la corte, de las Urosas, del Fúcar, de la Chopa, etc., etc., etc., porque entonces seria el cuento de nunca acabar.

Engolfados en estas peliagudas y sutiles controversias, tan acaloradas como las de los diputados en el CONGRESO ó de los ministros en sus respectivos Ministerios, llegaron á las tapias de la ciudad, y costeando por capricho lo que se llama Ronda, entraron en LA VILLA DE MADRID* por la puerta de San Vicente.◇

EL DIA DE DIFUNTOS.

MEDITACIONES.

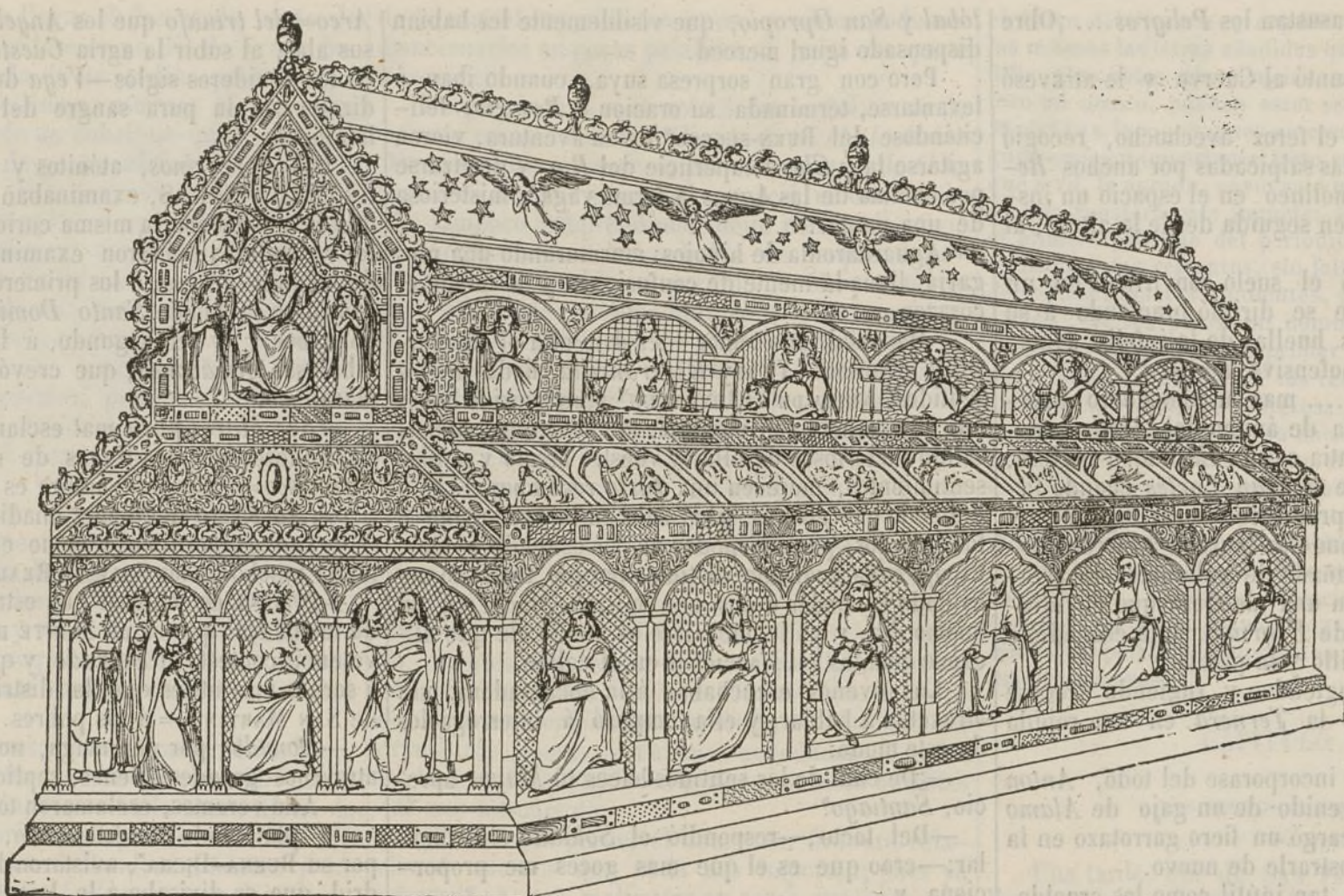
Ese vago clamor que rasga el viento, es la voz funeral de una campana, vano recuerdo del postrer lamento de un cadáver sombrío, macilento, que en sucio polvo dormirá mañana.

ZORRILLA.

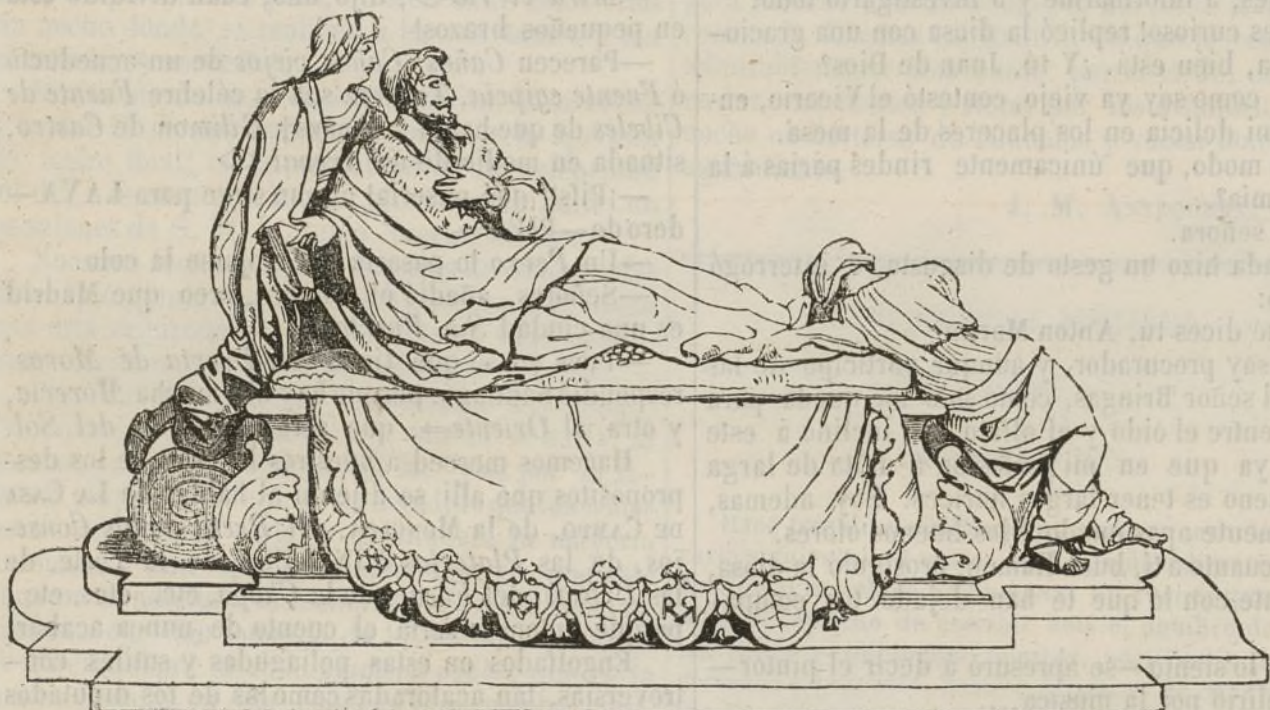
El día de difuntos es indudablemente la festividad mas triste de todo el año. Lúgubre aniversario en el cual ningún viviente deja de consagrar un triste recuerdo sobre los que ya no existen, sobre aquellos que abandonaron esta morada transitoria para habitar en la perdurable y eternal.

Las fórmulas con que la iglesia solemniza este día contribuyen tambien á que nuestro ánimo experimente aquella religiosa melancolía que inspiran los templos en los días de Semana Santa. Enmudece el mundo, y las campanas desde sus empinadas torres dirigen á los mortales sus pausados y lamentables acentos, y en medio de su monotonó sonido escuchamos la voz de la verdad, la voz elocuente que nos reconviene y nos hace ver las horas infructuosas consagradas al ocio y los placeres durante el

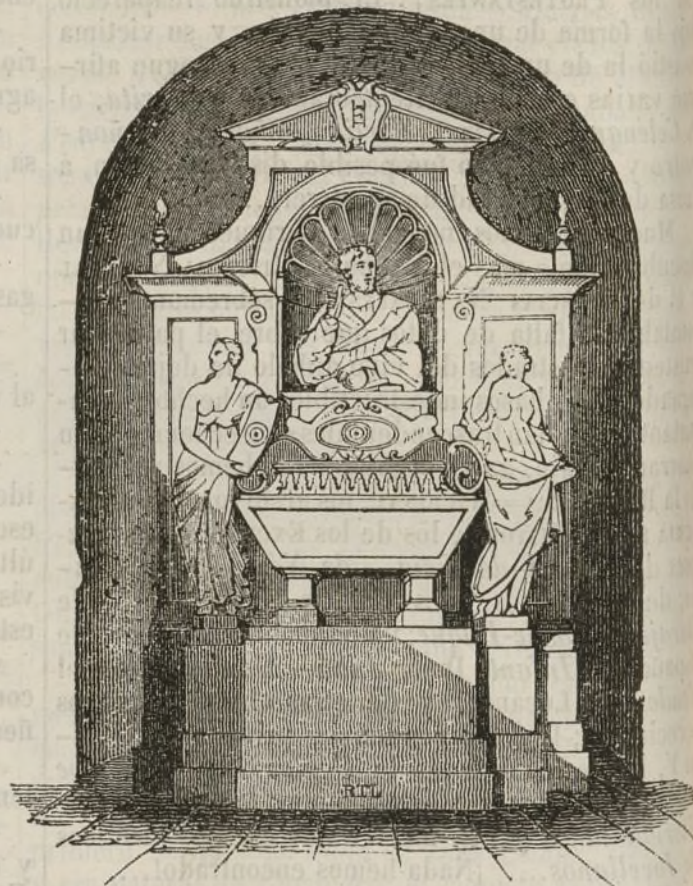
período de un año. «Lo mismo te dije el año anterior, habla el bronce; desde esta misma altura alcé mi voz vibrante y sonora, para traerte á la memoria á tus olvidados hermanos; para hacerte ver la inutilidad de tus afanes, para recordarte que todo en la tierra es vano y perecedero. Sin embargo, terminó el breve plazo en que me era dado hablar al mundo; separaste la vista del mármol de la silenciosa tumba, y comenzastes á mirar de nuevo al mundo bajo el engañoso prisma de las ilusiones.» Esto dice la campana, esto mismo repite todos los años



Sepulcro de los reyes Magos, en Colonia.—Este sepulcro fué devastado en tiempo de la revolucion francesa, y el oro, la plata y los diamantes, se ha reemplazado con el cobre, el plomo y el cristal.

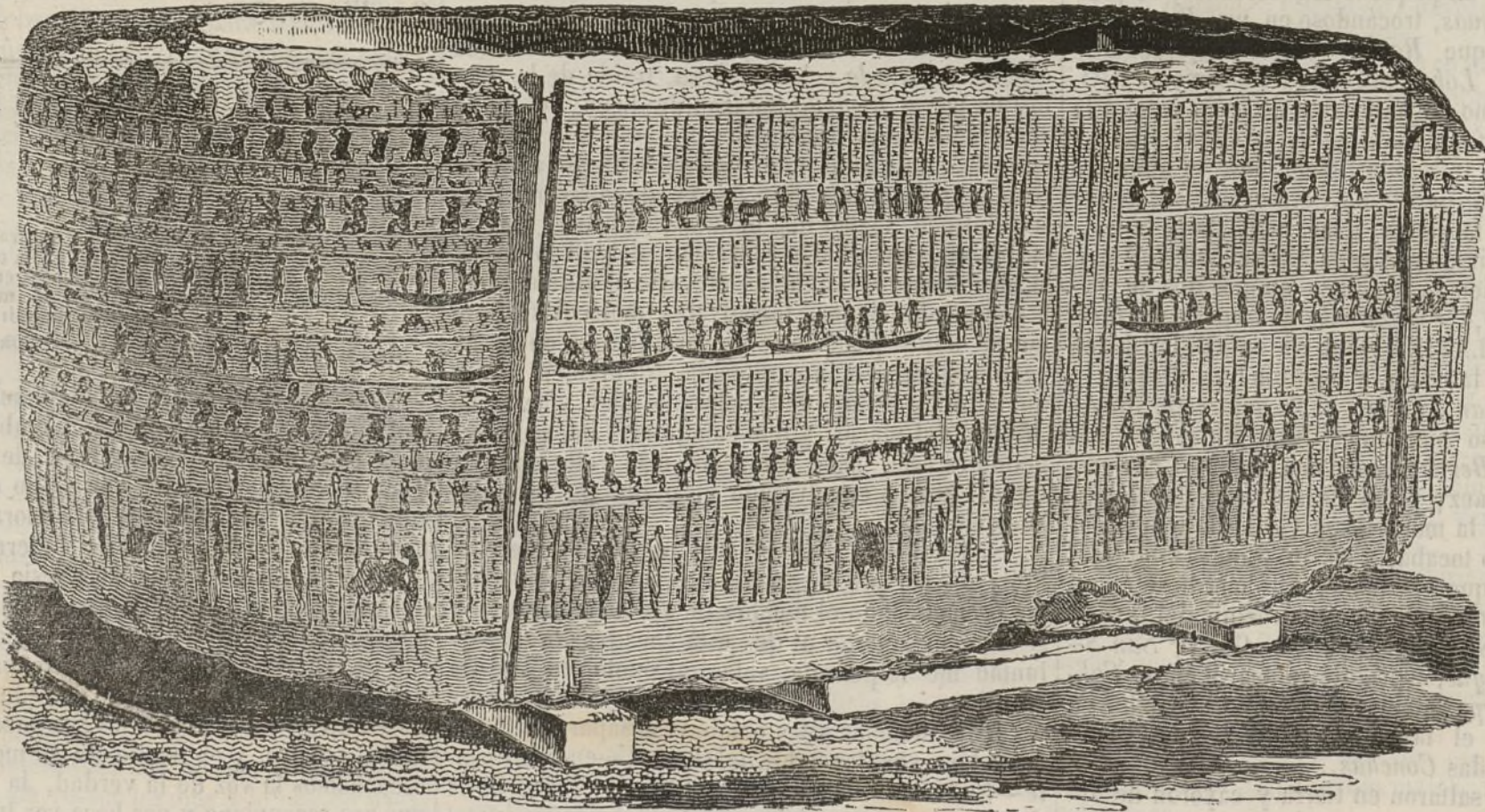


Sepulcro del cardenal Richelieu, en la Sorbona.



Sepulcro de Galileo.

á una misma hora y en una misma situación; esto escucha el hombre y se estremece; pero esta fúnebre impresión es transitoria como la vida; se rompe el velo negro, y se presenta el cortinaje azul y trasparente como el símbolo de nuestras mas risueñas esperanzas; pero en realidad no existen mas que mentidas apariencias, un camino sembrado de flores que aparecen en toda su brillantez y lozanía, pero que ocultan á nuestros ojos sus



Sepulcro de Alejandro, transportado á Inglaterra desde Alejandría por el doctor Edward Daniel.

agudas y punzantes espinas. Llegamos al término de la florida senda, desaparecen las vistosas flores, el embalsamado ambiente que nos embriagaba, y nos alarga su descarnada mano el esqueleto de la muerte diciéndonos: «Yo soy el desencanto.»

¿Dónde está, pregunta el mortal, el suntuoso palacio que fabricó mi mente con los materiales de la esperanza? «He-lo allí,» contesta sonriendo con malignidad el desencanto; y con su guadaña le indica un sepulcro, y una lámpara mortuoria que le alumbrará con su luz dudosa y vacilante.

Sumergido en estas tristes reflexiones me hallaba, imposibilitado para separar de mi ánimo tan funeraria pesadilla, cuando me encaminé al centro común de los mortales, esto es, á la silenciosa morada donde reposamos para siempre, al recinto donde existe una verdadera igualdad, una república donde no rige mas que una ley.... me encaminé al cementerio. Como un extranjero perdido en tierra lejana y desconocida,

y punzan-
inas. Lle-
al término
lorida sen-
esaparecen
las flores,
balsamado
te que nos
gaba, y nos
su descarn-
ano el es-
o de la muer-
ciéndonos:
y el desen-
ónde está,
ta el mor-
el suntuoso
que fabri-
mente con
ateriales de
ranza? «He-
» contesta
do con ma-
d el desen-
y con su
ia le indica
ulero, y una
a mortuo-
e le alum-
a su luz de
vacilante.

recorrí el doloroso domici-
lio de la muerte, sin escu-
char una voz amiga que
interrumpiera mi marcha
ó que me sacara de mi
honda meditacion. Volví
los ojos y vi una lápida
que decia en letras dora-
das: *Aquí yace una hija
que dejó á sus padres
en el mayor desconsuelo
cuando solo contaba veinte
primaveras.* Vi su nom-
bre estampado en iguales
caracteres, y hablé del
siguiente modo: Conoci
tu hermosura, tus bellos
atractivos. Contemplé tu
virginal sonrisa, te vi em-
bragada entre el bullicio-
so encanto que el mundo
te ofrecia, presencié tus
danzas y sin que tu ima-
ginacion te presentara el
cuadro de este lamenta-
ble porvenir

El mundo te fascinó
cuando insano te mentia;
la realidad te mostró
tan solo cuando te vió
en la terrible agonía.

Mi corazon se llenó de
luto; quise apartarme de
aquella mansion sombría,
pero me detuvo la apari-
cion de una jóven enluta-
da, bella y tímida como la
inocencia, que acercán-
dose con leve paso á una
tumba, colocó sobre la fria
losa una corona de siempre-
vivas, rezó, enjugó dos
gruesas perlas que hume-
decieron sus mejillas y
partió de allí apresurada y
con los ojos bajos. Me
acerqué al sepulcro donde
acababan de depositar tan significativo tributo; leí
la inscripcion que estaba sobre el mármol.... Te
conozco.... mal he dicho; te conocí, exclamé dolo-
rosamente.

Aquella losa encerraba los restos mortales de un
ilustre y afamado campeón. Su nombre resonó

con júbilo en tiempos no lejanos; una muche-
dumbre entusiasmada le elevó al templo de la inmor-
talidad; mas hoy sus contemporá-
neos admiradores enmudecen al
escuchar su nombre, y de tantos
como le aclamaban, solo tiene
una inocente huérfana que
visita su morada una vez
al año para poner al pie de
su sepulcro una corona de
siemprevivas.

La entusiasta juventud,
que te aclamaba en la guerra,
te olvida en el ataúd....
Todos somos en la tierra,
hijos de la ingratitud.

Vi la fúnebre losa de un
aplaudido vate, peregrino
errante en el mundo
de las ilusiones, esforzán-
dose en creer lo que no
creia, en perpétua lucha con
su razon y sus sentimien-
tos, siempre victima des-
graciada del furioso em-
bate de pasiones envidio-
sas. Murió coronado.....
espiró sin fortuna.... dejó
por herencia un nombre á
sus hijos, sus hijos le re-
cogieron; pero la olvida-
diza condicion del hombre
fué poco á poco estinguiendo
con su natural indife-
rencia el grato recuerdo de
tan célebre memoria.

Alli tambien estaba el
artista; otra victima es-
piatoria en la mansion uni-
versal del infortunio. De-
S epulcro de Diana de Poitiers, restaurado por Lenoir y destruido por la revolucion.



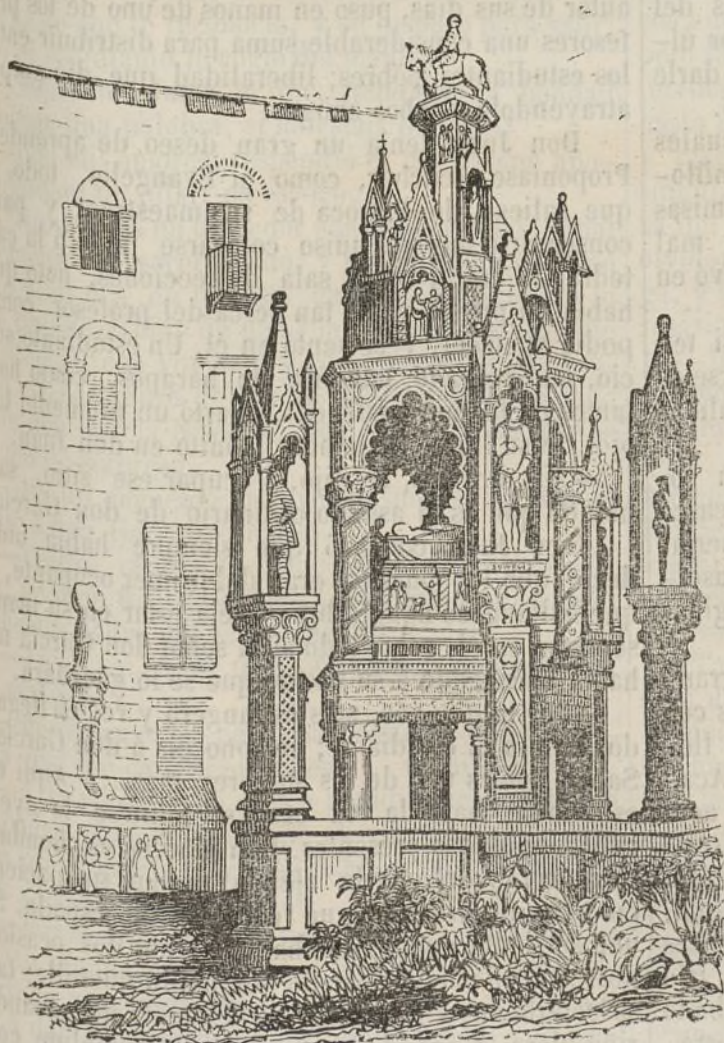
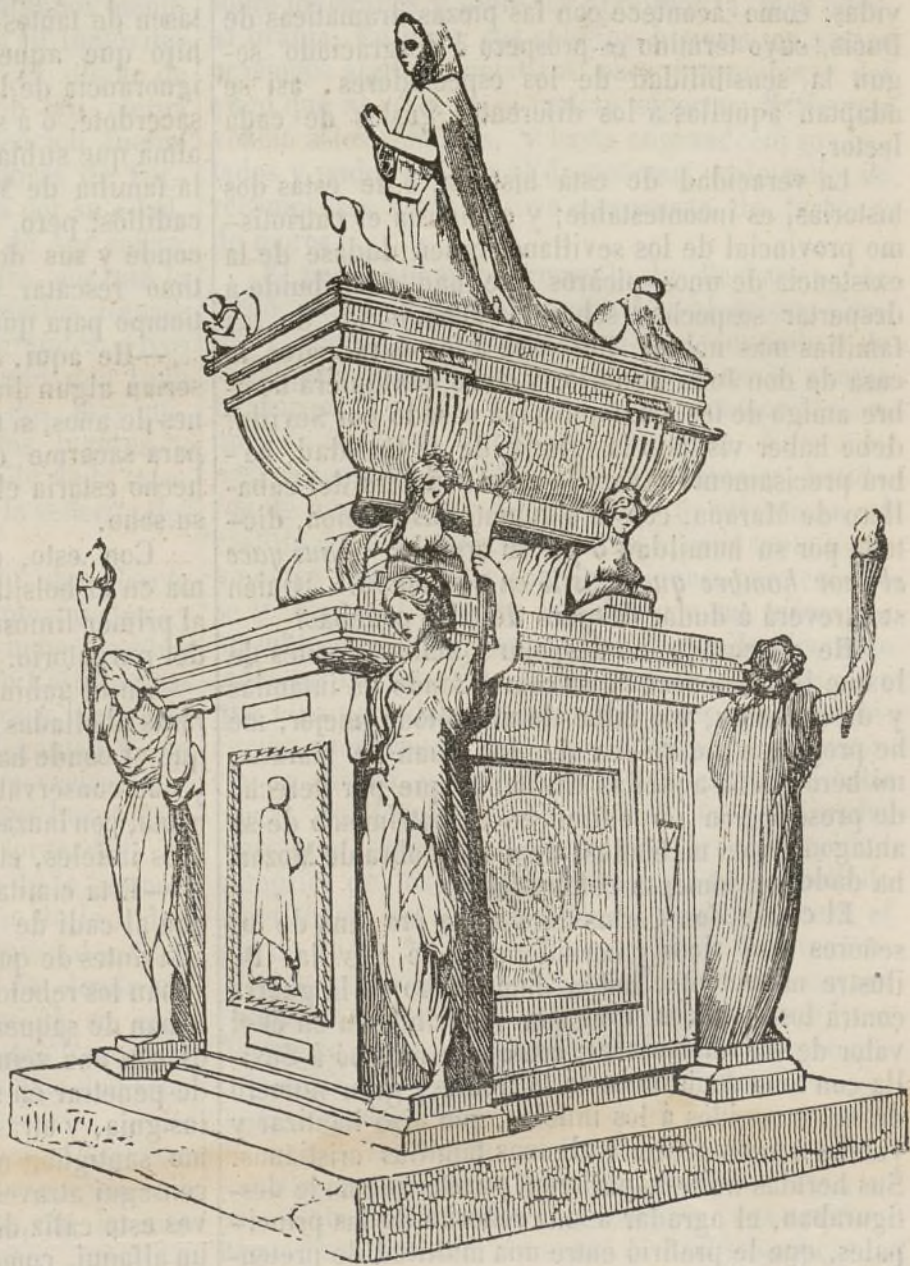
Sepulcro de Luis XII, erigido por Francisco I de Francia.

seaba saber pensar; pensó
y nunca fué mas desgra-
ciado; interpretó digna-
mente la historia, y la
historia le olvidó: compa-
ñero inseparable de la des-
ventura, la tuvo á su lado
hasta el lecho de la muer-
te; ella le prestó su resig-
nacion, ella le ayudó á
bien morir, y ella, en fin,
le siguió hasta su última
morada.

Contemplé con amargo
pesar la tumba de un cé-
lebre y honrado tribuno.
Vivió creyendo; murió cre-
yendo todavía.... Fué ca-
lumniado y mal compren-
dido, y espiró envuelto en-
tre el torbellino de agita-
das pasiones.... Ya le han
olvidado sus mismos ad-
miradores.

Alli miré los despojos
del sábio, del hombre pro-
fundo, pensador, investi-
gador y concienzudo: vivió
afanado y esclavo de sus
propias investigaciones; las
continuas vigiliass fueron
apresurando el término de
su vida; pero no le llamó
la muerte hasta que hubo
dejado impreso un cua-
derno de papel, y cerró el
curso de su vida alimen-
tando tan mezquina satis-
faccion.

Alli estaba el célebre
marino; aquel arriesgado
y atrevido navegante que
cruzó mil veces el Océa-
no; que otras mil veces
fué juguete de las en-
crespadas olas. Vió en mu-
chas ocasiones que un abis-
mo insendable abria su bo-



Sepulcro de Martino de la Escala, en Verona.

sumió que el hado anticipaba su tumba; el cielo oyó su plegaria, y prolongó el breve instante de su vida; mas terminó el plazo fatal, y hoy esconde sus afanes en un blanco sudario.

También reflexioné sobre la tumba del potentado; acumuló riquezas que no disfrutaba con tranquilidad; sus parientes desearon su muerte; esta llamó á su puerta, y los sucesores lanzaron una infernal carcajada; y en medio del estrepitoso bullicio de los placeres consumieron en una hora lo que se había estado hacinando durante un periodo largo, afanoso y lleno de tristes angustias y sinsabores..... ¡Qué triste cosa es pensar!

Salí del cementerio, y escuché con terror el lúgubre sonido de la campana. Penetré en el templo, dirigí á los santos una triste plegaria sobre los que ya no existían, y torné á mi casa diciendo aquellos versos tan conocidos:

Ven muerte tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.

I. A. BERMEJO,

LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

NOVELA.

Háblanos Ciceron, creo que en su tratado de la *Naturaleza de los Dioses*, de las muchas divinidades que con el nombre de Júpiter habían existido, ora en Creta, ora en Olimpia y ora no me acuerdo donde; tanto que no se tropezaba en Grecia con una ciudad algo célebre que dejase de tener su Júpiter. Hizose de todos uno solo, aplicando á este las aventuras de cada uno de sus homónimos; con lo que se explica la cantidad prodigiosa de buenas fortunas que al hijo de Saturno se atribuyeron.

Igual confusión se ha esparcido respecto de don Juan, personaje cuya celebridad le anda á los alcances á la de Júpiter. Sevilla sola cuenta varios héroes de este nombre y muchas otras ciudades citan el suyo. En otro tiempo cada uno tenía su leyenda separada. ¡Hoy día hánse fundido todas en un cricon, único en su especie!

Sin embargo, á poco de parar la atención, es fácil distinguir por lo menos dos de ellos, á saber: don Juan Tenorio, que como es público fué arrebatado por una estatua de piedra, y don Juan de Marana, que concluyó de un modo muy distinto.

El desenlace es lo que diferencia entrambas vidas: como acontece con las piezas dramáticas de Ducis, cuyo término es próspero ó desgraciado según la sensibilidad de los espectadores, así se adaptan aquellas á los diferentes gustos de cada lector.

La veracidad de esta historia, ó de estas dos historias, es incontestable; y ofendería el patriotismo provincial de los sevillanos quien dudase de la existencia de unos pícaros que han contribuido á despertar sospechas sobre las genealogías de las familias mas nobles. Enséñase á los estrangeros la casa de don Juan Tenorio; y como cualquiera hombre amigo de las artes que haya pasado por Sevilla, debe haber visitado la iglesia de la Caridad, habrá precisamente reparado en el sepulcro del caballero de Marana, con la siguiente inscripción, dictada por su humildad ó por su orgullo: «*Aquí yace el peor hombre que existió en el mundo.*» ¿Quién se atreverá á dudar después de tales pruebas?

He procurado no despojar á ambos Juanes de lo que les pertenece en su comun fondo de infamias y de crímenes, y á falta de un método mejor, me he propuesto no referir de don Juan de Marana, mi héroe, sino aquellas aventuras que por derecho de prescripción no entran en el patrimonio de su antagonista en maldades, á quien la obra de Mozart ha dado tan inmensa celebridad.

El conde don Carlos de Marana era uno de los señores mas ricos y considerados de Sevilla. De ilustre nacimiento, había demostrado en la guerra contra los moriscos que aun resplandecía en él el valor de sus antecesores; como que retornó á Sevilla con una cuchillada en la frente y gran número de niños cogidos á los infieles, que hizo bautizar y vendió á buen precio á algunas familias cristianas. Sus heridas no le impidieron, puesto que no le desfiguraban, el agrado á una señorita de las principales, que le prefirió entre una multitud de pretendientes, y de su matrimonio nacieron al pronto

muchas hembras, casándose algunas en lo sucesivo y profesando las demas en los conventos. Desesperábase don Carlos por no tener un heredero de su nombre; pero al fin vió coronados sus deseos, con lo que esperó que su antiguo mayorazgo no pasase á una línea colateral.

Don Juan, este hijo tan anhelado, y el héroe de la presente historia, fué criado por sus padres tan pésimamente como debía suceder con el único heredero de un gran nombre y de una gran fortuna. Desde niño disponía á su placer de sus acciones, sin que nadie en el palacio paterno se atreviese á contradecirle. Su madre quiso que fuese como ella devoto, y su padre aspiraba á que le igualase á él en bravura; la primera le obligaba por medio de halagos y golosinas á aprender letanías, rosarios y demas oraciones indispensables ó no indispensables, adormeciéndole con la lectura del *Flos Sanctorum*; el segundo le enseñaba los romances del Cid y de Bernardo del Carpio, y le contaba las batallas de los moros, animándole á ejercitarse todo el día en tirar el dardo, la ballesta ó el arcabuz, contra un maniquí vestido de musulman, que había hecho fabricar al extremo de su jardín.

En el oratorio de la condesa existía un cuadro, del seco y duro estilo de Morales, que figuraba los tormentos del purgatorio, con todos los géneros de suplicio imaginables, exactamente representados, sin que ni el mismo tribunal de la inquisición pudiese tildar en él la omisión mas lijera. Las almas ocupaban una especie de caverna con su cercera en lo alto, en cuyo borde tendía un ángel la mano á un alma que salía de la mansion de los dolores, mientras que á su lado, un hombre entrado en edad y con su rosario, parecía estar sumido en ferviente oración. Este anciano, era el donatario de la pintura, quien la había encargado para una iglesia de Huecas. Incendiaron los moriscos rebeldes esta ciudad; y aunque la iglesia fué destruida, el cuadro se conservó milagrosamente, trayéndole el conde de Marana para decorar el oratorio de su muger. Nuestro chiquitín, generalmente al entrar en el aposento de su madre, permanecía largo espacio en inmóvil contemplación ante la pintura, que á la vez le infundía espanto, y le cautivaba los sentidos; sobre todo llamaba su atención un condenado, cuyas entrañas roía una serpiente, mientras el infeliz estaba suspendido encima de un brasero ardiendo por anuelos de hierro que se le encajaban en las costillas, mirando ansiosamente hacia la cercera, como que pedía al donatario oraciones que le libertasen de tantos sufrimientos. La condesa decía á su hijo que aquel suplicio lo debía el réprobo á su ignorancia de la doctrina, á haberse burlado de un sacerdote, ó á sus distracciones en la iglesia. El alma que subía al paraíso, era de un pariente de la familia de Marana, á quien no faltaban sus pecadillos; pero tales habían sido las plegarias del conde y sus donativos al clero, que logró por último rescatar al atormentado espíritu, sin darle tiempo para que se fastidiase en el purgatorio.

—He aquí, Juanito, añadía la condesa, cuales serian algun día mis padecimientos durante millones de años, si tú no pensases en mandar decir misas para sacarme de semejante sitio; ¡oh! muy mal hecho estaria el dejar sufrir así á la que te llevó en su seno.

Con esto, desatábase á llorar el niño, y si tenía en el bolsillo algunos reales, corría á dárselos al primer limosnero que le pedía para las almas del purgatorio.

En el gabinete de su padre, tropezaba con corazas abolladas por balas de arcabuz, con un casco que el conde había llevado en el asalto de Almería, y que conservaba la impresión del hacha musulmana; con lanzas, sables moriscos, banderas cogidas á los infieles, etc. etc.

—Esta cimitarra, decía el conde, se la arranqué al cadí de Veger, que me hirió tres veces con ella antes de quitarle la vida. Esta bandera la llevaban los rebeldes de la montaña de Elvira. Acababan de saquear una aldea cristiana, cuando acudí con una veintena de ginetes. Cuatro veces traté de penetrar en su batallón para arrebatarles esta insignia, y otras tantas fui rechazado. A la quinta, me santigué, esclamando: ¡Santiago! y entonces conseguí atravesar por medio de esos paganos. ¿No ves este cáliz de oro de mis armas? Habíalo robado un alfaquí, cometiendo al propio tiempo mil horrores. Sus caballos comieron cebada sobre el altar,

y sus soldados esparcieron al viento los huesos de los santos. Servíase el alfaquí de este cáliz para beber su sorbete; y habiéndole sorprendido en su tienda en el momento de aplicarlo á los labios, herí su rasurada cabeza con esta excelente espada; y antes de que pudiera decir ¡Alá! y mientras el breva se refrescaba aun su garganta, se le introdujo la hoja hasta los dientes. En premio, me ha permitido el rey grabar el vaso sagrado en mi escudo. Digote esto, Juanito, para que lo cuentes á tus hijos, y sepan así por qué tus armas son distintas en algo de las de tu abuelo don Diego, pintadas allí bajo su retrato.

Compartiendo, pues, su tiempo entre la guerra y la devoción, entreteníase el niño en fabricar crucetas con latas ó en esgrimir un sable de madera contra las calabazas de Rota, cuyas figuras, en su sentir, se parecían á cabezas morunas adornadas con sus turbantes.

A los diez y ocho años explicaba don Juan maravillosamente el latín, ayudaba bien á misa, y manejaba la espada ó el espadín mejor de lo que el Cid pudiera hacerlo; pero su padre creyendo que esto no era suficiente á un gentil-hombre de la familia de Marana, resolvió enviarle á Salamanca. Aprontóse el viage: proveyóle su madre de rosarios, escapularios y medallas benditas; enseñóle varias oraciones de gran socorro en muchos apuros, y don Carlos le entregó una espada, cuya empuñadura de atañía de plata decoraban las armas de sus antepasados, diciéndole:

—Hasta aquí solo has vivido con niños; de hoy mas vas á vivir con hombres. Acuérdate de que el mas precioso bien de un noble es el honor, y de que tu honor es el de los Maranas. ¡Primer momento que deshonorado! Toma esta espada, que ella te servirá de defensa si te atacaren. No la desenvaines sin que te provoquen; pero, ten presente que tus abuelos no envainaron nunca las suyas sin quedar vencedores y vengados.

Con tal pertrecho de armas espirituales y temporales montó á caballo el descendiente de los Maranas y se despidió de la habitación paterna.

Hallábase á la sazón la universidad de Salamanca en el apogeo de su gloria. Numerosos eran sus estudiantes y doctos sus profesores como nunca, y como nunca se lamentaban los vecinos de las insolencias de la indisciplinable juventud que moraba ó mas bien reinaba en la ciudad. Serenatas, cencerradas, toda especie de alborotos nocturnos, hé aquí su sistema ordinario de vida, cuya monotonía interrumpían de tiempo en tiempo raptos de mugeres casadas ó de doncellas, robos ó palizas. Llegado que hubo á Salamanca, ocupóse don Juan en entregar las cartas de recomendación que traía para los amigos de su padre, en visitar á sus maestros, en recorrer las iglesias, y en hacer que le enseñasen sus reliquias. Conforme con el gusto del autor de sus días, puso en manos de uno de los profesores una considerable suma para distribuir entre los estudiantes pobres; liberalidad que dió golpe, atrayéndole muchos amigos.

Don Juan tenía un gran deseo de aprender. Proponíase escuchar, como el Evangelio, todo lo que saliese de la boca de sus maestros; y para conseguirlo mejor, quiso colocarse junto á la cátedra. Al entrar en la sala de lecciones, notó que había un puesto vacío tan cerca del profesor como podía apetecer, y se sentó en él. Un estudiante sucio, mal peinado, cubierto de harapos, como hay tantos en las universidades, apartó un momento los ojos de su libro, fijándolos atónito en don Juan.

—¿Os atreveis, le dijo, á ocupar ese sitio, sabiendo que es el asiento ordinario de don García?

Don Juan contestó que siempre había oído decir que los puestos eran del primer ocupante, y que hallándose aquel libre, creía estar en su mano sentarse en él, sobre todo si el señor don García no había encargado á su vecino que se lo guardara.

—Por lo que veo, sois extranjero y recién llegado, repuso el estudiante; no conocéis á don García. Sabed que es uno de los hombres mas.... Aquí el estudiante bajó la voz como si temiese le oyera alguno de los presentes. Don García es hombre terrible ¡Ay del que le ofende! porque su paciencia tiene de breve lo que de larga su espada. Si uno se sienta donde él lo ha hecho por dos ocasiones, seguro puede estar de que habrá querrela; tan susceptible es y pendenciero. Y cuenta que cuando riñe hiere, y cuando hiere mata. He cumplido con advertiros; obrad ahora como os plazca.

Chocábale á nuestro héroe la pretension de don García, especialmente atendida su ninguna exactitud en concurrir á la clase; y reparando que muchos estudiantes le miraban con atencion, conoció cuán bochornoso seria para él abandonar el puesto despues de sentado. Además, importábale poco tropezar con un duelo á su llegada, aun tratándose de un hombre tan peligroso como don García. Sin embargo, dudaba todavía, no sabiendo que partido tomar, y maquinalmente continuaba inmóvil en el propio banco, cuando entró un estudiante que se fué á él en derecha.

—He ahí á don García, le dijo su vecino.

Este perdona-vidas representaba el porte de un joven ancho de espaldas, bien tallado, de tez tostada, de ojos arrojantes y desdeñosa boca. Vestía una ropilla raída, con trazas de haber sido negra, y un manto agugereado; por encima de este ajuar colgaba una larga cadena de oro. Sábase que en todos tiempos los estudiantes, así de Salamanca como de las otras universidades de España, se han preciado de andar á modo de pordioseros, sin duda con el objeto de demostrar que el verdadero mérito no necesita de los adornos debidos á la fortuna.

Aproximóse don García al asiento que ocupaba don Juan, y le dijo con singular cortesía:

—Señor estudiante, sois recién llegado, y con todo me es bien conocido vuestro nombre. Nuestros padres han sido grandes camaradas, y si os acomoda, no les irán en zaga sus hijos.

Mientras así se espresaba, tendía la mano á don Juan lo mas cordialmente del mundo. Este, que aguardaba un exordio muy distinto, se apresuró á corresponder á la política de don García, contestándole que tendría á mucho honor la amistad de tan cumplido caballero.

—Salamanca os es aun desconocida, prosiguió el estudiante; pero si aceptais mis servicios, con sumo placer os haré ver todo; desde el cedro al hisopo en el país donde vais á vivir. Dirigiendo entonces sus palabras al individuo sentado al lado de don Juan, le dijo: Vamos Perico, fuera de ahí. ¿Un alcaraban como tú se cree digno de acompañar al señor don Juan de Marana? Hablando en estos términos, empujóle con aspereza y se sentó en su puesto.

Concluida la lección, dió don García á su nuevo amigo las señas de su casa, exigiéndole una visita. En seguida, con un saludo familiar y gracioso de su mano, salió arrebozándose galantemente en su capote, cuyos agugeros dejaban atrás los de una espumadera.

Don Juan, con sus libros bajo el brazo, estaba parado en una galería del colegio examinando las antiguas inscripciones de sus paredes, cuando notó que el estudiante que le habia hablado primero se le acercaba, aparentando ocuparse de lo mismo. Hízole nuestro sevillano el correspondiente saludo en prueba de que le reconocía, y se dispuso para salir; pero el estudiante le cogió del manto.

—Señor don Juan, le dijo, ¿tendríais la bondad de oírme una palabra, si no estais de prisa?

—Con mil amores, respondió el de Marana apoyándose en un pilar; os escucho.

Miró Perico en derredor con aire inquieto, cual si temiese ser sorprendido; y no obstante hallarse solos ellos dos en la vasta galería, aproximóse lo mas posible al oído de don Juan, y tras un instante de silencio, con voz baja y casi trémula le preguntó si estaba seguro de que su padre habia conocido al de don García Navarro. Don Juan hizo un movimiento de sorpresa.

—Ha un momento que vos mismo se lo oisteis decir á don García, contestó.

—Ciertamente, replicó el estudiante bajando mas la voz; pero en fin, ¿le habeis oído alguna vez hablar á vuestro padre del señor Navarro?

—Ya se ve: como que guerrearon juntos contra los moriscos.

—Perfectamente; pero ¿ha llegado á vuestra noticia que ese caballero tuviese... un hijo?

—A la verdad que nunca atendí mucho á lo que mi padre pudiese contar de él. ¿Pero á que vienen esas preguntas? ¿No es don García hijo de ese señor? ¿Seria acaso bastardo?

—Pongo al cielo por testigo, de que mis labios no han pronunciado tal cosa, exclamó el estudiante aterrado y examinando la trasera del pilar que servía á don Juan de punto de apoyo: quería solo preguntaros si sabiais la estraña historia que se susurra entre varias gentes acerca de este don García.

—Ni una palabra sé.

—Se corre.... advertid que repito meramente lo que otros dicen.... Se corre que don Diego Navarro tenia un hijo que enfermó gravemente y de un mal desconocido, á la edad de seis ó siete años, no hallando los médicos remedio que aplicarle. Con esto el padre, que carecia de mas descendencia, envió ofrendas numerosas á diferentes capillas, hizo tocar reliquias al enfermo; pero todo inútilmente. Desesperado, prorumpió un día, segun se asegura, en las siguientes palabras, clavados los ojos en un San Miguel:

«Ya que no alcanzas á salvar á mi hijo, quiero probar si puede mas que tú ese que huellas con tus pies.»

—¡Abominable blasfemia! exclamó don Juan escandalizado.

—En seguida se curó el niño.... y este niño.... es don García.

—Y tan así, que don García tiene desde entonces el diablo en el cuerpo, dijo riéndose á carcajadas el de Navarro al presentarse de improviso como si saliese de detrás de uno de los pilares, despues de haber escuchado la conversacion: en verdad, Perico, prosiguió con un tono frio y despreciativo volviéndose al atónito estudiante, que sino fuésteis un cobarde, os haria arrepentir de vuestra audacia. Señor don Juan, cuando nos conozcais mejor, no perderéis el tiempo escuchando á ese parlanchin. En cuanto á si soy ó no un perverso diablo, servíos acompañarme á la iglesia de San Pedro, y una vez de cumplidos nuestros deberes religiosos me permitiréis que os convide á comer, aunque malamente, con algunos camaradas.

Tomó en acabando el brazo del de Marana, quien avergonzado por haber prestado atencion á la estravagante historia de Perico, se apresuró á aceptar la oferta, para demostrar á su nuevo amigo el ningun caso que hacia de tales enredos.

Entrados en la iglesia de San Pedro, arrodilláronse ambos ante una capilla rodeada de fieles. Don Juan rezó en voz baja, y al alzar la cabeza, despues de permanecer el tiempo oportuno en su piadosa ocupacion, encontró aun sumido á su compañero en un éxtasis devoto; por el movimiento de sus labios diríase que no habia llegado á la mitad de sus oraciones. Sintiendo don Juan la corteza de sus rezos, púsose á recitar entre sí todas las letanías que se le vinieron á las mientes. Pero ni con esto veia cambiar de postura al de Navarro, por lo que despachó distraídamente algunos menudos sufragios, y persistiendo aquel en su inmovilidad, creyó poder mirar en torno con el objeto de pasar el tiempo y aguardar el fin de tan eterna oracion. Lo primero que atrajo su atencion fueron tres mugeres arrodilladas sobre alfombras de Turquía. Una olía á dueña desde lejos por su edad, sus anteojos y la veneranda anchura de sus cofias; pero las otras dos eran jóvenes y lindas, sin que la inclinacion de sus ojos sobre sus rosarios llegase hasta estorbar que se notase cuán grandes, vivos y rasgados resplandecían. Esperimentó don Juan singular placer en mirar á una de las dos, mas quizá del que permitían aquellos santos lugares, y olvidando el rezo de su camarada, tiróle de la manga, y le preguntó al oído, quien era la señorita del rosario de ámbar amarillo.

—Doña Teresa de Ojeda, respondió don García sin mostrarse escandalizado por la interrupcion, y la otra es doña Faustina, su hermana mayor, ambas hijas de un Auditor del Consejo de Castilla: estoy enamorado de la mayor; enamoráoos, pues, de la mas pequeña. Atended como se levantan y van á salir.... ¡Bravo! Démonos prisa para verlas subir al coche, que tal vez alce el viento sus basquiñas, y percibamos una ó dos piernas bien torneadas.

Tan prendado se sentía don Juan de la hermosura de doña Teresa, que sin cuidarse de la indecencia de semejantes espresiones, siguió á don García hasta las puertas de la iglesia, en donde vió que las dos nobles señoritas montaban en su carroza, y corrian por una de las calles mas frecuentadas. Luego que hubieron partido, exclamó don García alegremente, torciéndose el sombrero:

—¡Vivan las muchachas zandungueras! Lléveme el diablo si la mayor no cae en mis brazos antes de diez dias. ¿Cómo van vuestros asuntos con la mas pequeña?

—¡Cómo! respondió don Juan sencillamente, si es la primera vez que la veo!

—¡Excelente razon por cierto! repuso don García. ¿Pensais que mi conocimiento con la Faustina, cuenta mas larga fecha? Y con todo, hoy le he entregado un billete que ha recibido muy bien.

—¿Un billete? ¿Si yo no os he visto escribir!

—Los llevo á docenas preparados; y como están sin nombre, pueden servirlos para todas. Cuidad únicamente de no emplear epítetos que os comprometan acerca del color de los ojos, ó de los cabellos; pues en lo tocante á suspiros, lágrimas y alarmas amorosas, así las morenas como las rubias, y no menos las casadas que las doncellas, creeran su veracidad á las mil maravillas.

(Se continuará.)

HISTORIA DE LOS DOS BARBAROJAS.

El poder de Argel fué sobre todo temible á los pueblos de la cristiandad, desde la época en que aquella ciudad fué gobernada por los hermanos *Horouc* y *Scherreddin*, mas conocidos bajo el nombre de *Barbarojas*, en razon á su color y su barba.

Su padre era un alfarero de la isla de Lesbos; *Horouc*, el mayor de los dos, dió principio desde muy joven á su profesion de corsario, y apenas habia llegado á la edad de trece años, cuando tomó dos galeras del papa. Ocho años despues se propagó tanto su fama, que mandaba una escuadra de cuarenta galeras montadas por turcos y moros, que acudieron atraídos por el renombre de sus hazañas.

El rey de Bugia, ciudad situada á corta distancia de Argel, habiendo sido espulsado de sus dominios, llamó á Barbaroja en su socorro para castigar á sus enemigos y para reconquistar su trono. El audaz corsario á pesar de sus rigurosos esfuerzos no pudo conseguirlo, y hasta perdió un brazo que le quitó una bala de cañon. Sin embargo, su reputacion se acrecentaba entre los árabes, los cuales le dieron el título de sultan.

Poco tiempo despues, es decir, en 1516, el soberano de Argel, *Selim Cutemy*, le pidió su apoyo para echar á los españoles de la costa de Africa. Barbaroja consintió en ello; pero habiendo llegado á Argel donde el pueblo le paseó en triunfo, hizo decapitar al desgraciado *Selim*, y ocupó su puesto. Entonces, considerándose como invencible, egirió sobre los árabes y sobre los argelinos la mas odiosa tiranía. En vano sus súbditos hicieron en varias ocasiones algunas tentativas para emanciparse del yugo que no querian ni podían soportar; Barbaroja venció á los rebeldes, y hasta engrandeció sus estados y pudo redoblar el despotismo, colmando de recompensas á una milicia compuesta de turcos y de moros.

El poder siempre creciente de Barbaroja, no tardó en dar grandes inquietudes al mismo Carlos V, acerca del porvenir de Orán, ocupado á la sazón por los españoles. El emperador envió contra Barbaroja diez mil españoles mandados por el marqués de Gomares, gobernador de Orán. Estas tropas, sostenidas por los árabes descontentos, batieron de nuevo al rey de Argel, y le sitiaron en el castillo de Tremezen. Barbaroja resistió tanto tiempo como pudo contar con municiones; pero cuando se le agotaron, se puso en salvo con sus turcos por un subterráneo que mandó abrir, llevándose consigo todas sus riquezas. De nada le sirvió la estratagema que hizo para detener á los españoles en su persecucion, sembrando el oro por el tránsito que recorria, su dinero y su bagilla; fué alcanzado á ocho leguas de Tremezen. Su defensa fué obstinada; pero bien pronto, humillado por la superioridad numérica de las tropas contrarias, fué degollado como todos sus soldados. Murió de esta manera el año de 1518, á la edad de cuarenta y cuatro años.

Esta victoria no contribuyó á que Argel cayese en manos de los españoles. *Scherreddin* sucedió á *Horouc* su hermano, despues de haber sido reconocido como rey y general marino por todos los capitanes corsarios. Se le conoce en la historia bajo el nombre de Barbaroja II. Despues de dos años de reinado, se puso bajo la proteccion de la Puerta, para evitar una revolucion general en sus estados. El gran señor *Selim I* nombró á Barbaroja bajá ó virey de Argel, y le envió dos mil genizaros. Con semejante auxilio, se doblegó todo delante de su

voluntad, y mandó construir un nuevo modelo para formar un puerto; en esta operación fueron empleados treinta mil esclavos cristianos y le acabaron en el corto espacio de tres años. Barbaroja pudo entonces ejercer una temible piratería y hacerse señalar por sin número de proezas. Navegó por las costas de Italia y se apoderó en seguida de Biserta y de Tunez á nombre de Soliman II, emperador de los turcos.

Cárlos V pretendió no obstante oponerse á los visibles progresos de los Barbarojas en la costa de Africa, y desembarcó cerca de Tunez en 1535 con

un ejército de españoles engrosado con los contingentes del papa, de Génova, de Portugal, y con los caballeros de Malta. Barbaroja salió al encuentro de sus enemigos y fué completamente derrotado. Habiéndose retirado á Tunez con los despojos de su ejército, se vió obligado á abandonarle á todo prisa, para no ser degollado por los esclavos cristianos que acababan de romper sus cadenas. Se refugió en Biserta, donde equipó una flota para recorrer de nuevo las costas de Italia. Mas tarde venció al célebre Doria, su rival, en el golfo de Ambracia, á donde éste había acudido con la flota cris-

tiana. También luego batió á los cristianos con trescientas velas, delante de la isla de Candia. En fin, Barbaroja hizo su última campaña como auxiliar de Francisco I contra Cárlos V; entró en Constantinopla llevando consigo siete mil cautivos. Aun cuando contaba mas de setenta años, se entregó con esceso á toda clase de placeres, y se colocó á tanta distancia de la continencia, que murió el año de 1546. Fué sepultado á la entrada del canal del mar Negro, en su casa de recreo, á unas cuatro millas de Pera, donde todavía se encuentra su tumba.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS

DEL SIGLO XIX.

Día 4 de noviembre.—Año de 1808. Avanzan los españoles del ejército del centro, hacia Madrid.—1838. Defensa de Solsona.

Día 5—1808. Accion de Balmaseda.—1811. Vuelven los franceses á Asturias, y ocupan á Oviedo.

Día 6—1808. Accion del Llano de Barcelona.

Día 7—1812. Marchan los franceses de Madrid sobre los ingleses, que se retiran en direccion de Portugal.

Día 8—1834. Accion de Vitoria.

Día 9—1823. Asalto y toma de Puerto Cabello por los independientes (último baluarte de las armas españolas en Venezuela.)

Día 10—1836. Se rinden á los carlistas los fuertes de Banderas, San Mames, Desierto y Burceña de Bilbao.

Acaba de morir en un pueblo de Francia una muger de 88 años, que ha tenido 293 descendientes. La suma, en verdad nos parece algo exagerada.

LAS LAVANDERAS DEL MANZANARES.



GRACIAS POR EL FAVOR.

Hace pocos dias, dice la Gaceta de Québec, un juez de Tjas que acababa de condenar á muerte á un tal Jolin Jones victo de asesinato, le dirigió el siguiente discurso. «Jones, el tribunal ha tenido realmente proyecto de retardar vuestra ejecución hasta la primavera próxima; pero hace mucho frío en nuestra cárcel se encuentra en un estado deplorable. Todos los vidrios de las ventanas están rotos; las chimeneas arrojan un humo espantoso, y el número de presos es tan crecido que no podemos dar mas que una manta á cada uno; por todo lo cual y para abreviar en lo posible vuestros sufrimientos, hemos dispuesto que os ahorquen mañana por la mañana despues de almorzar, á la hora que señale y que mejor convenga al veredicto, sobre cuyo punto podeis poneros de acuerdo con él.»—Gracias por el favor, fué la única respuesta que dió el reo.

Los rios son caminos que andan y conducen á donde se quiere ir.

Latour, gran pintor al pastel que nació en San Quintín el año de 1703, fué llamado repetidas veces á la corte, y siempre rehusó este favor, hasta que se vió obligado á obedecer una orden terminante de Luis XV que queria le hiciese su retrato. El rey habia elegido para lugar de la sesion una galería de cristales, donde la luz penetraba por todas partes: «¿Qué queréis, señor, que haga yo en esta linterna, dijo el artista, cuando para pintar no se necesita la luz mas que de un costado?—He elegido este sitio, contestó el monarca para que no nos interrumpian.—Perdonad, señor, pero yo creí que erais el dueño de vuestra casa.

POR TRABAJAR EN DOMINGO.

La autoridad municipal de Madrid ha recordado hace poco los artículos de la ordenanza que prohiben trabajar los dias de fiesta, y esto nos ha traído á la memoria una anecdota que leímos hace algun tiempo en los periódicos ingleses y que prueba hasta que extremo se atienen los tribunales del reino unido á la letra mas que al espíritu de la ley. Es el caso que un muchacho de doce á trece años llamado Peter, compareció ante el tribunal de policía de Liverpool acusado de haber robado una bolsa la tarde antes á un honrado artesano de dicha ciudad. Los agentes de policía, ó de proteccion y seguridad, como diríamos en España, se habian apoderado de él en el acto de meter la mano en el bolsillo que contenia la bolsa, y habiendo confesado el crimen, iba el juez á condenarlo á algunos meses de prision, cuando su padre, que asistia á la audiencia, se adelanta hasta los pies del tribunal y protesta en alta voz contra semejante procedimiento.

EL PADRE. Por vuestro honor, señor juez, me opongo á que pronuncieis sentencia; el proceso es ilegal.

EL JUEZ. ¡Ilegal!... ¿y por qué causa?

EL PADRE. Por qué mi hijo ha sido preso el domingo por los agentes, y la ley prohibe á todo el mundo sin escepcion, trabajar en este dia. Los agentes han violado pues la ley, arrestando á mi hijo, y ellos son los que merecen castigo.

A estas palabras pronunciadas con voz solemne, el magistrado se quedó suspenso y reflexivo, declarando al fin que la protesta le parecia muy en su lugar, y que ninguna razon hallaba que oponerle, porque un juez debe ser el primer observante de las leyes. Sin embargo, vivamente contrariado de verse en la precision de dejar escapar sin castigo á un ladrón cogido in fraganti delito, le preguntó al acusado:

—¿Qué oficio es el vuestro?

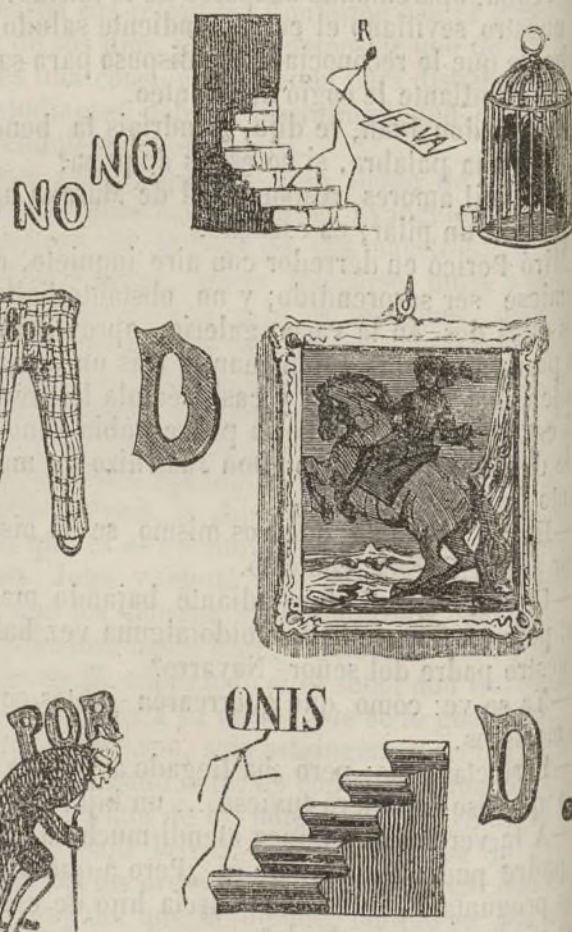
—No tengo otro que ladrón, respondió el muchacho con cierto orgullo, y haciendo un gesto irónico.

—Pues en ese caso pagareis una multa por haber infringido el acta del Parlamento relativa á los dias festivos, entregándoos el domingo á vuestras ocupaciones ordinarias.

Así, pues, añade el periódico de donde hemos tomado la anecdota, resulta de este hecho, cuya exactitud no es dudosa, por una parte que la policía no puede prender en Inglaterra los ladrones y los asesinos durante todo el dia del domingo, y por otra que el robo es una profesion reconocida por la ley, la cual prohibe ejercer un acta del Parlamento desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana. Siempre que las cosas, decimos nosotros, se llevan al extremo, se toca en lo ridículo.

Un poeta, ó un pobre diablo que pasaba por tal presentó en cierta ocasion un soneto al papa Clemente VII. El Santo Padre al recorrerlo con la vista notó que en el segundo ó tercer verso faltaba una sílaba; se lo advirtió al poeta, pero este sin aturdirse respondió con el mayor aplomo. «Dígnese vuestra Santidad continuar su lectura, y es posible que halle en cualquier otro verso alguna sílaba de mas equivalente á la que en ese echa de menos.»

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.

